
POLITICA Y SOCIEDAD
Antonio Pérez García
nuestra tierra 44

nuestra tierra 44

EDITORES:
DANIEL ALJANATI
MARIO BENEDETTO

ASESOR GENERAL:
Dr. RODOLFO V. TÁLICE

ASESOR EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS:
Prof. DANIEL VIDART

ASESOR EN CIENCIAS BIOLÓGICAS:
Dr. RODOLFO V. TÁLICE

ASESOR EN CIENCIAS ECONÓMICAS:
Dr. JOSÉ CLAUDIO WILLIMAN h.

ASESOR EN CIENCIAS GEOGRÁFICAS:
Prof. GERMÁN WETTSTEIN

ASESOR EN CIENCIAS SOCIALES Y POLÍTICAS:
Prof. MARIO SAMBARINO

SECRETARIO DE REDACCIÓN:
JULIO ROSSIELLO

SECRETARIO GRÁFICO:
HORACIO AÑÓN

DEPARTAMENTO DE FOTOGRAFÍA:
AMÍLCAR M. PERSICHETTI

Distribuidor general: ALBE Soc. Com., Cerrito 566, esc. 2, tel. 8 56 92, Montevideo. Distribuidor para el interior, quioscos y venta callejera: Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Ciudadela 1424, tel. 8 51 55. Montevideo.

LAS OPINIONES DE LOS AUTORES NO SON NECESARIAMENTE COMPARTIDAS POR LOS EDITORES Y LOS ASESORES.

POLITICA Y SOCIEDAD

Antonio Pérez García



ANTONIO L. PÉREZ GARCÍA. Nació en Montevideo en 1937. Recibió su primera formación sociológica en el Seminario de Sociología de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales (antes de la fundación del actual Instituto de Ciencias Sociales, en cuyas primeras investigaciones participó). Ejerce la docencia y realiza tareas de investigación en la Universidad de la República (Escuela de Servicio Social y Facultad de Arquitectura), en el Instituto de Profesores Artigas, en la Escuela de Servicio Social del Uruguay y en el Instituto de Filosofía de Montevideo.
Ha publicado trabajos de su especialidad en las revistas Universitaria de Servicio Social, Víspera y Perspectivas de Diálogo.

INTRODUCCION

Las páginas siguientes contienen una aproximación al estudio de la política en la sociedad uruguaya, atendiendo especialmente a los partidos políticos y los grupos de presión. Inútil es encarecer al lector la importancia del tema: cada día que pasa se encarga de hacerlo, en este Uruguay convulsionado.

Puede ser útil, en cambio, dar cuenta del punto de vista adoptado y de algunas limitaciones de que el autor es consciente.

Todo el trabajo se apoya en un supuesto fundamental: el de la estrecha correlación existente entre la política y las restantes dimensiones de la sociedad total. Dentro de esta totalidad, las instituciones políticas aparecen como cristalizaciones duraderas emergentes en el fluido proceso de las relaciones informales de poder. Éstas, a su vez, están determinadas primariamente por el conjunto de las relaciones de producción: aquellas que se establecen entre los hombres "en la producción social de su vida", según la clásica expresión de Marx. La política se nos revela, en esta perspectiva, como una instancia "superestructural", configurada desde una "base real" económica, cuyo nivel es necesario alcanzar en la explicación de un sistema político. Por cierto, no entendemos las superestructura como resultados inertes: la relación entre base real, superestructuras y formas de conciencia social es una relación estructural, "dialéctica" (si todavía vale como aclaración una palabra tan oscuramente empleada tanto por los marxistas como por quienes no lo son).

Aunque para muchos puede ser obvio, no está de más decir que el análisis estructural a que conduce este supuesto fundamental no implica un antihumanismo como el que se ha puesto de moda por obra de ciertos estructuralistas. El acto económico mismo, en tanto que acto, conducta humana significativa, es ya radicalmente humano y li-



Foto: A. M. Persichetti.

Un Montevideo que crece lentamente, asiste asombrado a procesos que siempre creyó ajenos.

gado a valores: ningún artilugio metodológico autoriza a olvidarlo.

Guiados por este punto de vista nos hemos visto precisados a explorar, en torno al tema estricto, la trama de las relaciones de poder y ciertas características de la sociedad uruguaya que, creemos, contribuyen a explicar su configuración. El trabajo se cierra con el examen de algunas posibilidades de evolución, que de ninguna manera pretenden ser ejercicio de "futurología". Tal vez no pasen de expresar nuestros deseos y nuestros temores; en todo caso, miran hacia ese proyecto de sí misma sin el cual ninguna nación puede existir.

El presente trabajo significa apenas una primera aproximación al programa enunciado, y no está de más advertir al lector sobre ello. Si de esta apretadísima síntesis pueden surgir proposiciones susceptibles de ser sometidas a los cánones de refutación empírica que el método científico impone, estará cumplida una parte de su finalidad. Lo que más interesa, sin embargo, es que prepare de alguna manera el camino para una toma de conciencia, por los uruguayos, de este Uruguay cuyo porvenir está en nuestras manos.

No hemos intentado hacer ciencia "pura". Por un lado, la sociología del conocimiento nos ha vuelto escépticos respecto a la pretendida "neutralidad axiológica" del conocimiento científico de lo social. Por otro, nos interesa primordialmente un objetivo *práctico:* contribuir a descubrir salidas para el porvenir nacional. Nuestro trabajo se sitúa, por lo tanto, a un nivel principalmente *político*, aunque ello no nos exima de rigor en la búsqueda de datos y en su manejo, ni (mucho menos) nos libere de crítica. Simplemente, aceptamos de antemano la "contaminación ideológica" de nuestra búsqueda, y hacemos explícitos los valores que la subtienden. Al lector corresponde saber si los comparte o no; en todo caso no hemos tratado de vendérselos bajo la etiqueta de "objetividad científica", mito seductor en nuestros días, si los hay.

EL URUGUAY Y SU CRISIS

Las proposiciones que a continuación se formulan no pretenden aprehender enteramente la sociedad uruguaya, ni siquiera su esencia. Tratan simplemente de sacar a luz algunas condicionantes de su vida política. Están teñidas —no podía ser de otra manera— por la conciencia de una crisis sin paralelo en el transcurso de nuestra historia, y procuran mostrar su hondo, estructural alcance. Es que esta crisis no nos ha llovido del cielo: mucho hace que se viene gestando en la entraña de nuestra nación.

UNO

La viabilidad de la sociedad uruguaya implica la integración en o la dependencia de un sistema supranacional.

No se discute que la sociedad uruguaya sea una nación: antes bien, esto se da por supuesto. El problema de la viabilidad atañe a saber si esta sociedad nacional posee los medios para constituirse en un Estado plenamente independiente.

No es novedoso el cuestionamiento. Ya se lo plantearon los prohombres del Estado Oriental naciente, constreñidos, por una Convención ajena, a vestir de constitucionalidad el Estado ideado por la diplomacia británica, y de ello dejaron constancia en el Manifiesto dirigido a los pueblos de esta Banda. Un vistazo a nuestra historia abona la hipótesis. Antes que la sociedad uruguaya fue creada su riqueza, por la introducción de ganados que realizó el criollo Hernando Arias a comienzos del siglo XVII. Con la riqueza sin hombres nació el motivo inicial de dependencia: porteños, santafesinos, portugueses, misioneros, hicieron de ésta tierra de nadie y de todos. Comenzado el asentamiento poblacional en el filo del siglo siguiente, el territorio conoció varias formas de existencia

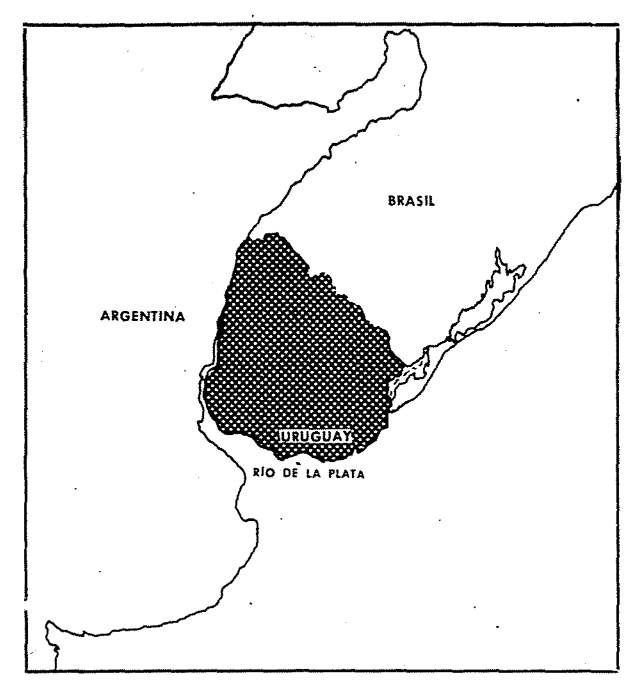
política: la integración durante el efímero y prototípico período artiguista; la dependencia en estado puro, como provincia española, porteña y cisplatina; la independencia formal, encubridora del sometimiento a un sistema imperialista, con Gran Bretaña y, a su turno, los Estados Unidos por metrópoli y los grandes vecinos por guardianes.

Una serie de factores estructurales han sido mencionados como determinantes de la incapacidad de esta nación para subsistir como Estado efectivamente autónomo. Entre ellos cabe destacar los siguientes:

a) Geopolíticamente hablando, el territorio uruguayo ha sido desgajado de su entorno natural —la cuenca platense—, sin cuyo entorno se aminoran radicalmente las perspectivas de autonomía;

b) La población es escasa, estabilizada en su crecimiento, envejecida, irregularmente distribuida sobre el territorio, lo que frena la constitución de una economía de escala tanto en relación con los recursos humanos (cuantitativa y cualitativamente considerados) como en lo que respecta a las dimensiones del mercado interno;

c) Los recursos naturales *explotados* son insuficientes para sostener un proceso autosustentado de desarrollo, por lo menos dentro de las estructuras socioeconómicas existentes; otros quedan sin explotar, como consecuencia del juego de las mismas estructuras; alteradas éstas, la puesta en valor de recursos potenciales no parece ser factible —por razones de financiamiento tanto como de mercado— sin recurrir a alguna forma de integración económica regional;



Uruguay desgajado de la Patria Grande, una difícil aventura autonomista.

d) Al abrigo de circunstancias favorables, avanzando entre las grietas del sistema imperial, la organización social uruguaya impulsó el avance de pautas de consumo y seguros sociales que hoy se revelan insostenibles financieramente, e inhibidores por añadidura de las conductas económicas adecuadas tanto al desarrollo como a la liberación nacionales. Se ha sostenido que algunos costos inherentes al mantenimiento de un Estado independiente (por lo menos en lo que a las formas respecta) son igualmente distorsionantes para una economía harto endeble.

Todos estos y otros factores que podrían ser aducidos se ordenan, en definitiva, en torno a un

eje histórico que les da sentido y consistencia: este país fue arrojado a la existencia, desencajado del marco regional que no deja de serle necesario, por obra de fuerzas ajenas a su voluntad, y dentro de la estrategia de la dominación imperial. Por el camino, al tiempo que se reforzaba su voluntad de ser una nación, se consumían las posibilidades materiales de llegar a serlo enteramente. Quien nos inventó esta independencia sabía bien que, al hacerlo, frustraba toda posibilidad de liberación auténtica: de esa liberación que hoy nos hace volver la mirada a esa América Latina a la que por tanto tiempo nos creímos ajenos.

DOS

El proyecto nacional (precariamente) vigente es portador de contradicciones nunca superadas, que lo han llevado al borde del colapso final.

El envejecimiento del modelo nacional es una idea harto manida. Nos interesa subrayar aquí que dicho modelo nació ya con los caracteres que lo harían envejecer, sin capacidad propia de renovación.

El proyecto de que se trata se construyó en dos etapas fundamentales: el entorno de los años 70 del siglo pasado, primero; el período batllista, en los albores de este siglo, después. La segunda etapa apuntaba a superar dialécticamente la primera, integrando sus logros a un nivel superior. En los hechos, entre ambos estratos se estableció una suerte de compromiso exterior, insuficiente para superar las contradicciones originarias.

La primera etapa tuvo por motor a un grupo reducido pero activísimo de estancieros empresarios organizados en la Asociación Rural. Su brazo armado fue el militarismo, decisivo ordenador en los primeros momentos, desplazado cuando accedió a la etapa del despilfarro. No le faltó apoyo intelectual: la figura señera de Jose Pedro Varela dejó allí honda y duradera huella. El momento debe ser comprendido como un intento de modernización racional de la producción ganadera hasta entonces dejada a las incurias del viejo estilo expoliador nacido con el país. Las medidas de organización administrativa y de policía, de codificación, de reforma educacional, no fueron otra cosa que el andamiaje preciso para edificar la nueva economía.

El cambio, que apuntaba sin duda a dar salida a viejos y muy reales atolladeros, dejaba en pie otros problemas y generaba algunos nuevos. Quedaba en pie lo que ha sido reconocido como uno de los frenos constantes para el desarrollo: la estructura de tamaño y tenencia de la tierra. El alambramiento de los campos inauguraba el ocaso del gaucho y lo condenaba a una prolongada agonía de rancheríos y orilla urbana. De nada valieron los esbozos de solución paternalista intentados por la Rural, ensayo de un imposible avatar agrícola para ese hombre de a caballo, sin otro lugar propio que la abierta tierra entera.

Al costado de estos problemas, viejos y nuevos, crecían todavía otros. Quedaba indecisa la cuestión política: las divisas, aglutinantes y divisoras a un tiempo del país real, ignoradas por la legislación electoral y emergentes cada tanto en la asoladora guerra civil. Avanzaba la avasallante inmigración que en la segunda mitad del siglo pasado multiplicó casi por ocho la población y dio impulso a una concentración urbana sin paralelo. Concomitantemente nacía un movimiento sindical fuertemente combativo, beneficiado por militantes fogueados en lides europeas. Se perfilaban asimismo los gérmenes de una burguesía urbana, cultivo nutricio para los estratos medios por venir. La economía en su



Foto: Archivo S. O. D. R. E.

Latorre, brazo armado de la Asociación Rural.

conjunto pasaba de la euforia, floreciente en especulación, a la crisis.

Con este conjunto de problemas hubo de encararse Batlle. Todavía más: de esa materia virgen había que hacer una nación. Los logros no fueron pequeños: del crisol salió, efectivamente, el Uruguay moderno. Asentamiento del civilismo; modernización y secularización del Estado; reestructuración de los partidos políticos sobre el modelo del batllismo; ampliación de la presencia de las bases en la vida política (aunque no necesariamente en la elaboración de las decisiones fundamentales); desarrollo de una avanzada legislación social. La atribución al Estado de funciones empresariales redundó asimismo en beneficios económicos a plazo inmediato, y efecto parecido y complementario tuvo la protección al desarrollo industrial. Se limitó la evasión de beneficios, se redistribuyó el ingreso nacional, se estimuló el consumo interno y, con él, las actividades destinadas a satisfacerlo.

José Batlle y Ordóñez, artífice de un proyecto nacional que recién hoy se descalabra definitivamente.

Foto: Archivo S. O. D. R. E.



El grueso de los cambios anotados se radicó en el Uruguay urbano. Más precisamente, en su ciudad-puerto, Montevideo. El proyecto de Batlle apuntaba más lejos, sin embargo: era necesario transformar las estructuras agropecuarias, fundamento de la economía y del poder económico de una clase. Sin ese cambio quedaban intactas las raíces del Uruguay de los ganaderos (y de los ingleses, más de éstos que de aquéllos).

En este punto el impulso encontró su freno. La reforma agraria que hubiera debido ser culminación de una fase del proceso y comienzo de otra quedó en proyecto. Los afectados supieron movilizarse y movilizar consigo a los sectores urbanos más conservadores, alertados por los riesgos de un pretendido "socialismo" batllista. No les dio la fuerza para revertir enteramente el proceso iniciado, pero sí para impedir su radicalización.

La estructura de poder quedó así indecisa. Los estratos medios y los sindicatos fueron tomados como apoyo por el poder político para su lucha, pero —organizados desde arriba como quedaban— no fueron portadores de un proyecto propio, alternativo respecto al ganadero. La indefinición de la lucha les impidió, tal vez, asumir el que Batlle les ofrecía, para hacerlo propio y llevarlo más lejos: lo recibieron como una gracia del Cielo político, y quedaron dependientes de ese cielo, sin terminar su proceso de constitución en clases.

La *élite* política quedaba dueña de un poder de arbitraje. Si hubiera tenido un proyecto propio tal vez hubiera podido manejar el tablero del poder para materializarlo. Pero don Pepe se llevó a la tumba el proyecto y el espíritu creador. Le sucedieron los idóneos en política, con su habilidad para contemporizar y para vender beneficios a cambio de apoyo electoral. La creación de una economía dinámica quedaba definitivamente postergada, y limitada la posibilidad de otorgar beneficios a sectores aislados: los recursos disponibles para subsidios, beneficios sociales, puestos públicos y demás seguridades no eran inagotables. Orientados a consumir antes que a producir, fuimos digiriendo nuestras propias bases. A la descapitalización siguió el endeudamiento externo; a éste, cuando los acreedores lo consideraron oportuno, esto que llamamos crisis y que ha venido, felizmente, a despertarnos.

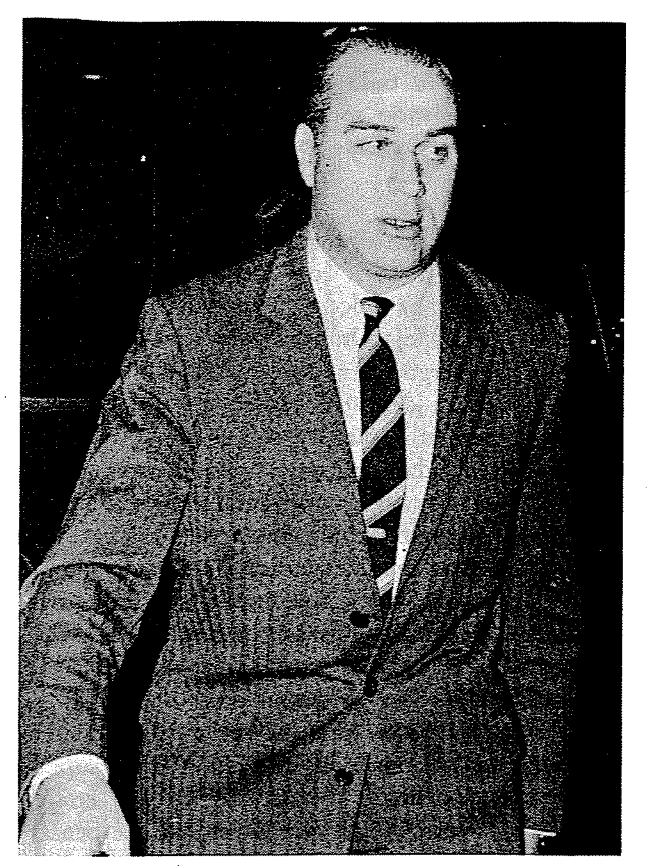


Foto: Archivo "El País".

J. Pacheco Areco: presidente para otra era uruguaya.

TRES

La relación entre base material, supraestructura y formas de conciencia social está en el Uruguay determinada primariamente por la situación de dependencia.

No están lejanos los tiempos en que se nos llamaba "Suiza de América" o "Atenas del Plata". El elogio nos resultaba dulce y, de modestos nomás, nos sonrojábamos. Mejor hubiera sido que nos sonrojáramos de vergüenza: pues a tal punto estaba alienada nuestra identidad que nos gustaba parecernos a alguien en lugar de ser nosotros mismos.

Esta europeidad uruguaya ha sido denunciada, a veces, desde un ángulo abstractamente nacionalista. Habría que retornar a lo autóctono, a las verdaderas (y no poco inasibles) tradiciones nacionales, a un gauchismo de vinería folklórica para recobrar la perdida autonomía cultural.

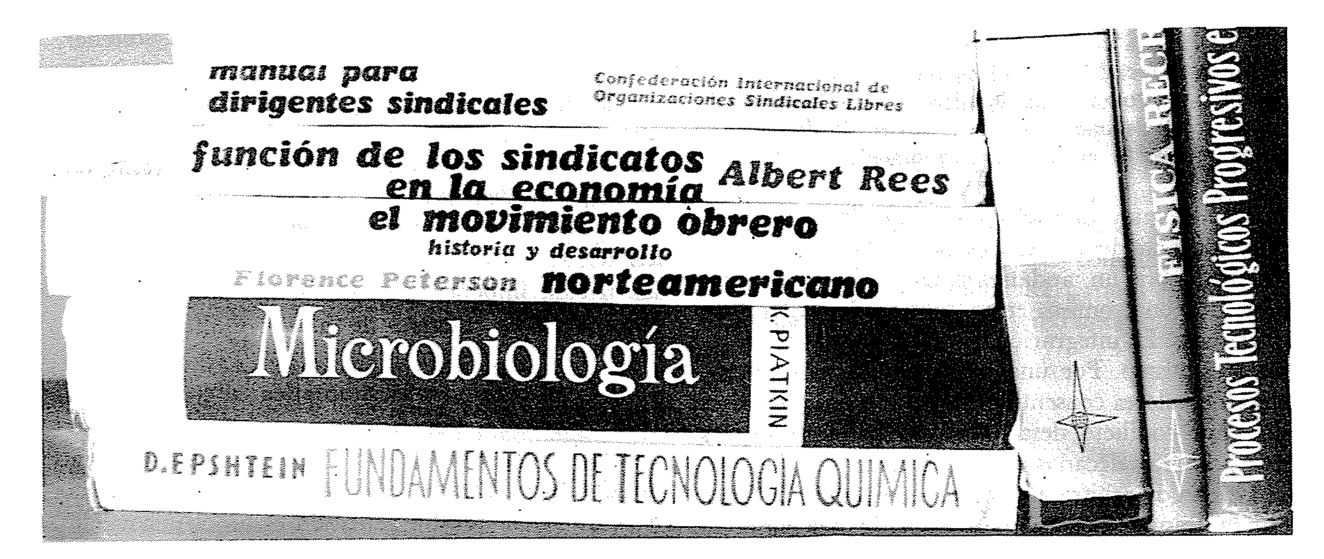
No deja de resultar significativo el hecho de que quienes tal cosa proponen pongan el grito en el cielo por las "ideas foráneas" de quienes quieren recuperar la nacionalidad no sólo a nivel supraestructural, sino desde la base material hoy enajenada de esta sociedad en que vivimos. Cabe pensar que, como el tero, pegan el grito lejos de donde está el nido, para salvar sus pichones.

No basta reconocer la existencia de instituciones políticas, jurídicas, religiosas heteróctonas, venidas de afuera. Es necesario calar más hondo, hasta llegar a las condiciones infraestructurales que explican esa persitente alienación.

Lo que debe ser traído a cuento es el hecho de la intervención de la base material —dependiente— de nuestra sociedad entre las influencias externas y sus resultados. Dos formas principales adopta esta intervención:



El seudo rescate del nativismo. Foto: Archivo "El País".



Formas de la dependencia cultural.

a) El sistema productivo nacional es parte dependiente de una economía imperialista. Para el mantenimiento de esta dependencia se construyen supraestructuras protectoras (el aparato jurídico y político, a veces muy "original") y formas legitimadoras de conciencia social (el mito del "Uruguay ganadero", para mayor gloria de Su Graciosa Majestad Británica, por ejemplo).

b) La situación de dependencia confiere a la metrópoli de turno (y a su entorno cultural más inmediato, globalmente "la vieja Europa") un prestigio que favorece la transferencia de valores, pautas de conducta, formas de conocimiento, instituciones, hacia las sociedades que constituyen su periferia.

El avanzado desarrollo de los países centro logrado a expensas de la periferia, da a aquéllos, además, un poder afincado en su doble carácter de innovadores y de controladores de los medios de comunicación, tanto masivos cuanto académicos. Por estos caminos y desde esas fuentes llegan a nuestro país toda suerte de modelos a ser imitados, más o menos servilmente.

Esta segunda modalidad implica, es cierto, disfuncionalidad y conflicto latente. El ejemplo clásico lo constituye la creciente separación entre las aspiraciones del consumo, imitadas, y las posibilidades reales de satisfacción, limitadas por el sistema productivo nacional. Curiosamente, esta tensión crea la posibilidad de una "revolución" equívoca: la de los siervos que quieren ser como sus señores y, por lo tanto, aceptan estar tan alienados como ellos.

En esta perspectiva la cuestión de la autonomía nacional se replantea en toda su hondura. No la habrá hasta que se rompa la dependencia económica, generadora de todas las otras. Aunque nos disfracemos de gauchos.

CUATRO

El proceso social ha llegado, en el Uruguay, a un punto sin retorno, que implica inevitablemente un cambio del sistema mismo, a través de formas de gobierno por lo menos transitoriamente autoritarias.

El Uruguay democrático —aquella ínsula utópica rodeada de dictaduras por todas partes— se sostenía sobre un andamiaje tan sutil como inestable de compromisos entre centros de poder particularistas. La integración quedaba librada a un doble mecanismo. Por una parte residía sobre el sistema de valores consentido o tolerado por las partes del gran conflicto desarrollado a lo largo de las tres primeras décadas del siglo. Por otra, en la capacidad de arbitraje delegada en el poder político, por la misma indecisión ya anotada del conflicto social.

El consenso en torno a valores llevaba consigo un equívoco: aunque toda la sociedad estaba "aburguesada", no todos eran burgueses en ella. La persecución de las metas de ascenso económico implicaba la disputa por el reparto del producto, aunque supusiera la conformidad con las relaciones de poder establecidas. No se apuntaba a transformar el sistema, pero sí a aprovechar hasta el colmo las posibilidades que abría a las contradictorias metas de cada uno. En las reglas de juego aceptadas se incluía cierto margen de indefinición, abierto a la "viveza" y a las "influencias" de cada sector. Quedaba por tanto latente un grado apreciable de anomia (pérdida del marco de valores y normas unánimemente aceptadas por los miembros de la sociedad).

Para que esta anomia dejara de ser latente y se actualizara bastaba que las posibilidades de satisfacer a todos se agotaran. Y eso llegó, a medida que el Uruguay se descapitalizó, primero, y se endeudó, después. En el momento en que los acreedores dejaron de estar dispuestos a sostener el creciente presupuesto, se desarmó el mecanismo.

El descalabro desnudaba las contradicciones, abriendo una triple alternativa. Se podía acentuar hasta los últimos límites la anomia, hasta caer en un proceso disgregador. Se podía intentar el retorno al sistema perimido. Se podía, por fin, asumir los términos del conflicto y, optando por una de las partes, imponer un cambio del sistema social favorable a los intereses de la que resultare favorecida.

La primera y más dramática alternativa parece desechada, por lo menos en las intenciones de todos los que participan en el juego. La segunda no significa solución real, porque supone volver a la situación que ha generado el problema y que volvería a hacerlo a corto plazo.

Queda la tercera. El árbitro —el poder político— debía decidir. Y parece haberlo hecho, aceptando la vía del capitalismo dentro de una dependencia acrecentada.

Inevitablemente la opción suponía el empleo de la fuerza para someter a los discrepantes. Si se hubiera hecho para otro lado, esta condición hubiera sido igualmente indispensable. El poder político se lanzó a la liza activamente, atacando a la oposición sindical y política, incluso a aquellos que simplemente exigen el mantenimiento de las viejas reglas de juego.

El conflicto social se ha instalado así en medio de esta otrora provincia de la paz. Los cuadros políticos organizados para el antiguo régimen han quedado desbordados, y otro tanto sucede con el poder sindical. La verdadera oposición visible está hoy por hoy representada por los grupos de acción directa, radicalmente discrepantes con el modelo social elegido por el gobierno.

La lucha está indecisa: pueden surgir todavía otras fuerzas y otros modos de acción. Pero, una vez más, la decisión de la contienda depende de lo que suceda en el área geopolítica de la cual el Uruguay forma parte. La oposición —cualquier oposición— no puede esperar la conquista estable del poder si el mismo proceso no se da también en los grandes países vecinos, o por lo menos en uno de ellos. Entre tanto, todo se reduce a prepararse y a preparar las bases para el futuro que se desea

A pesar de esta indecisión, una cosa parece clara: el Uruguay que hemos conocido ya es cosa del pasado. Así como un Uruguay socialista sería enteramente nuevo, lo sería también uno convertido en plaza financiera, lugar de turismo, tierra de grandes empresas rurales y pesqueras dominadas por el capital internacional. El Uruguay ganadero no tiene demasiado futuro. En tales condiciones parece inútil añorar las bondades del paraíso perdido. Si algún paraíso nos queda, tendremos que hacerlo, desde hoy, en el futuro.

La defensa del sistema, una tarea crecientemente ardua. Foto: H. Añón.



LAS POSICIONES EN EL TABLERO

Consideraremos ahora el campo a través del cual las instituciones políticas se vinculan con el resto de la sociedad: ese vasto, complejo tablero sobre el cual se juega la partida del poder social. Algunas líneas generales ya vienen trazadas desde el primer capítulo; nos acercaremos un poco más ahora, para contemplar los bandos y sus movimientos. El período elegido arranca de la quiebra y el restablecimiento del régimen democrático —años treinta— para detenerse en el apogeo de la economía industrial y en su quiebra, hasta el momento actual. En los extremos de este período nos encontramos con el desenganche del sistema colonial británico, tan lleno de promesas, y con los dolores de la adaptación a las exigencias de un nuevo imperio, que hoy nos aquejan.

LA ULTIMA EDAD DE ORO

Conviene recordar bien la circunstancia externa, molde dentro del cual se vació la figura de este período nacional. La crisis del 29 marca la declinación final del Imperio Británico, obligado a un repliegue que nos deja repentinamente librados de su protección, aunque no de otras. Las ondas expansivas de las crisis llegaron también a nuestras costas. La respuesta fue rápida, y supuso un aprovechamiento bastante hábil —aunque a la larga frustrado— de los intersticios que por entonces se ahondaban en el edificio imperial, en beneficio de una economía autónoma. La clave del cambio estuvo dada por un estímulo reforzado a la manufactura nacional, sustitutiva de la importación. El crecimiento resultante alcanzó su auge, pasando por las favorables condiciones dadas por la Segunda Guerra Mundial y el posterior conflicto coreano, en el trienio 1954/57. El tablero del poder social se modificó en consecuencia, no sin contradicciones.

La más notoria estuvo constituida por las vacaciones concedidas a la democracia por el golpe de marzo del 33. Se dieron cita para prepararlo

y sostenerlo los grupos más conservadores del panorama nacional, acaudillados por la Federación Rural y su célebre Comité de Vigilancia Económica. El proceso tendría corta vida, sin embargo: además de la incoherencia entre la circunstancia y el grupo que se había erigido en solucionador de sus problemas, cabe hacer notar la intervención ya decisiva de la metrópoli emergente, los Estados Unidos. No les había llegado a éstos todavía la hora de "salvar la democracia" destruyéndola, y presionaron en el sentido de restituir la vigencia de las consagradas fórmulas. No se trataba, sin embargo, de un mero retorno al pasado: el Uruguay y el mundo habían cambiado radicalmente en los años precedentes. Veamos con más detenimiento el rostro y la conducta de los agonistas.

LOS ANTIGUOS SEÑORES

El poder sobre las cosas sigue siendo un camino directo para acceder al poder sobre los hombres. No extraña, por ende, que las posiciones decisorias en el sistema productivo lo sean también en el sistema político. En tiempos normales ambas formas del poder van de la mano: quien decide qué y cómo se produce está al mismo tiempo decidiendo sobre la conducta y la vida toda de quienes producen y acceden al producto. Poder originario, entonces, aunque no único, ni permanente ni exclusivo.

Condenados como estábamos, por ser semicolonia británica, a la ganadería exportadora como quehacer fundamental, de esta destinación recibíamos también, naturalmente, a quienes eran nuestros señores domésticos. Un limitado grupo de *status* ocupacionales quedaban llamados a esa tarea.

En primer lugar los grandes latifundistas ganaderos (que no han de confundirse con los estancieros en su totalidad). Su poder no deriva tanto de la contribución del sector al producto nacional, ni del volumen de población por él ocupada: ambos índices son exiguos y no parecen estar en vías de crecimiento. Pero en cambio la inmensa mayoría de las exportaciones del país está constituida por productos ganaderos poco o nada industrializados, todavía hoy. Las raíces de este poder tienen antigua data: habría que rastrearlas en la voraz acumulación de tierras practicada por Alzáibar y sus émulos en los albores de la ocupación europea de la Banda Oriental. Su importancia política tiene más de un paradigma: la Asociación Rural en el último tercio del siglo pasado; la Federación Rural en lo que va del que corre; la Liga Federal de Acción Ruralista (con toda su contradicción entre la composición de las bases y la orientación de su política) luego. En cualquiera de esos casos la *élite* ganadera supo hacer valer sus opciones en la alta política, sin necesidad de mezclarse en menudencias partidistas.

Desde los orígenes de esta economía productora de materias primas para el mercado externo, al sector ganadero se ligó estrechamente el de los grandes exportadores. La vinculación fue más allá del nivel objetivo de los intereses económicos comunes, y son las mismas personas y grupos familiares quienes controlan tradicionalmente las mayores empresas de ambos giros.

Más reciente es la inserción en el sistema de la banca. Provenientes sus primeros hombres fuertes del sector ganadero, no abandonaron fácilmente la visión del mundo y, especialmente, la concepción privilegista de la sociedad, características de su orígenes. La posesión y el manejo de los recursos financieros, tanto como su creciente inmixtión en la relación con los grandes mercados, confieren al sector una posición estratégica en el tablero del poder social. Breve en número y larga en poder,

esta *élite* tiende a volverse cada día más importante en la orientación global del país. Parcialmente transformada luego por el acceso de individuos y grupos provenientes sobre todo de la industria, y sometida la banca a una progresiva desnacionalización, de ella nacerá una nueva *élite* de poder sobre la cual habremos de volver oportunamente.

La contracara funcional de estos sectores estaba constituida por el gran comercio y los importadores, abastecedores del consumo interno con los productos elaborados en los centros económicos más avanzados. No dejaron, por su parte, de contribuir al nacimiento y la consolidación de la banca. Más fácilmente afectados por las situaciones de depresión económica o por la mera restricción de las importaciones, no dejan sin embargo de ligarse por su visión de la sociedad y por la consiguiente conducta política con el resto de su clase.

Porque de clase social se trata. No estamos simplemente frente a un estrato definido por su prestigio, su estilo de vida material, su nivel de ingresos. Hay mucho más: una conciencia precisa de los propios intereses, un sistema de valores que se ajusta a ellos como la piel a la carne, una desarrollada ideología que propone y legitima un proyecto nacional para sí. Sobre esta conciencia clasista afincada sólida, inequívocamente, en la base material de la clase, se yergue todo el aparato capaz de hacer valer las propias metas en el momento de las grandes decisiones políticas. En la inspiración a veces, en la gestión directa otras, en la oposición cuando fue necesario, esta clase supo ser dirigente a lo largo de casi la historia entera del país, para dejar en él —por impulso o por freno— una huella claramente discernible. Las fisuras que hoy se advierten en su estructura son un síntoma más, y no el menos significativo, de la muerte cierta de un Uruguay.

LOS DISCREPANTES RECUPERADOS

Como clase también, y discrepante, nació el empresariado industrial. Su ascenso requería condiciones contradictorias con los intereses y la concepción de la sociedad característicos de la clase dirigente tradicional. Por un lado, el desarrollo industrial transformaría inevitablemente la base material de la sociedad ganadera. A la receptiva, calma, pastoril sociedad afincada en la pradera y el puerto sucedería —si el proyecto tenía éxito— una agresiva, dinámica, mecanizada sociedad urbana. Las poblaciones despobladas del campo alambrado y las masas traídas en aluvión de ultramar encontrarían las condiciones óptimas para hacerse valer por sí, sin la castradora protección típica de las relaciones personales de dominio propias del agro.

Había más. Si se tratara solamente de lo dicho quedaba a los señores vacunos la posibilidad de trepar al bagual, domarlo y llevarlo al propio palenque. Sin embargo, en una economía dependiente y débil como la nuestra era imprescindible la intervención del Estado —protector, orientador, en ocasiones gestor él mismo— para dar a luz un sector industrial viable. Este modo de acción del Estado no podría ser tolerado por la burguesía de profesión rural y sus socios. Santo y bueno que el Estado ordene la campaña, establezca la paz interior deseada por los comerciantes, codifique a gusto de quienes tienen el poder económico. Que sea buen juez y gendarme, por decirlo clásica y brevemente. Pero de ahí a que se meta en la economía con orientación y poderes propios hay demasiado trecho.

No conviene a una clase que se quiere dominante la intervención del Estado como respaldo de otras clases emergentes. Y qué clases: porque a la sombra del capitalismo industrial crece y se instala la capacidad política de un proletariado cada día más ambicioso. El fantasma del socialismo convoca a defender los propios intereses.

El encontronazo entre la oligarquía tradicional y los emergentes industriales tenía que producirse, fatalmente, y se dio todo a lo largo del período batllista, con vigor e inteligencia suficientes para neutralizar —como lo hemos visto— la aventura renovadora.

Insensiblemente, la reabsorción de los discrepantes comenzaba allí. Los extensos sectores que habían respaldado a Batlle abarcaban un abanico protoclasista demasiado amplio, encubierto al principio por la debilidad real de los dependientes (a pesar de la agresividad ideológica del embrionario proletariado anarcosindicalista). El conflicto objetivo de intereses aparecería tan pronto como —corriendo los años cuarenta— los sindicatos organizaran una oposición molesta y constante (aunque políticamente indecisa). Las posiciones de la dirigencia industrial irían reencontrándose con la ideología burguesa, hasta insertar el sector en las filas de la clase dominante. Todavía, algunos industriales prósperos habrían de establecer vínculos de intereses más sólidos, transfiriendo parte de sus beneficios a la capitalización bancaria. La frustración de sus avances vendría luego a restarle importancia a quienes siguieron siendo solamente industriales, pero no modificarían profundamente sus posiciones ideológicas ni su estilo de conducta.

Fuentes de un poder.

Foto: A. M. Persichetti.



LA INTEGRACION DE LOS REBELDES

De lo dicho en el párrafo anterior podría desprenderse una combatividad revolucionaria de los movimientos obreros que, en los hechos, estuvo lejos de darse.

La concentración del personal industrial (de 90.128 en 1936 se pasó a 279.521 en 1959; la densidad ocupacional de las mayores empresas creció al mismo tiempo) creó la base demográfica para la constitución de un sindicalismo de masas.

Sin embargo, las sucesivas conquistas sociales y económicas —desde los Consejos de Salarios hasta la profusa legislación aseguradora— poseían un matiz equívoco; por añadidura, la orientación política de los sindicatos sufrió el impacto de la estrategia internacional exigida por el alineamiento soviético del lado de las democracias occidentales, durante la Segunda Guerra Mundial.

El primero de estos factores merece un análisis algo más detallado. De hecho implicaba contradicción con los intereses de los empleadores, sobre quienes (aunque no definitivamente) recaía el costo de cada conquista: por este lado, el enfrentamiento de clases quedaba asegurado.

Pero, al mismo tiempo, la orientación sindical no llegó a poner en cuestión claramente las bases mismas del sistema. La disputa por la distribución del producto ponía entre paréntesis la cuestión, más fundamental, de la distribución del poder. Los señores podían dormir tranquilos sobre esta seguridad: sus contradictores no aspiraban a reemplazarlos en la estructura decisoria.

A pesar de la extensión del sindicalismo a los trabajadores de cuello blanco, gestora de poderosas agrupaciones, la paralización futura de la producción industrial habría de añadir un elemento más a las contradicciones latentes en el aparato sindical.

El desarrollo de las conquistas sindicales del tipo estudiado supone, en efecto, una economía de prosperidad creciente. Una vez que el desarrollo económico se frena, las respectivas reivindicaciones se convierten en una amenaza para la estabilidad del sistema establecido. Su efecto de freno sobre la productividad es entonces real, aunque se lo exagere para convertir a la clase trabajadora en el chivo expiatorio de culpas que mayormente le son ajenas.

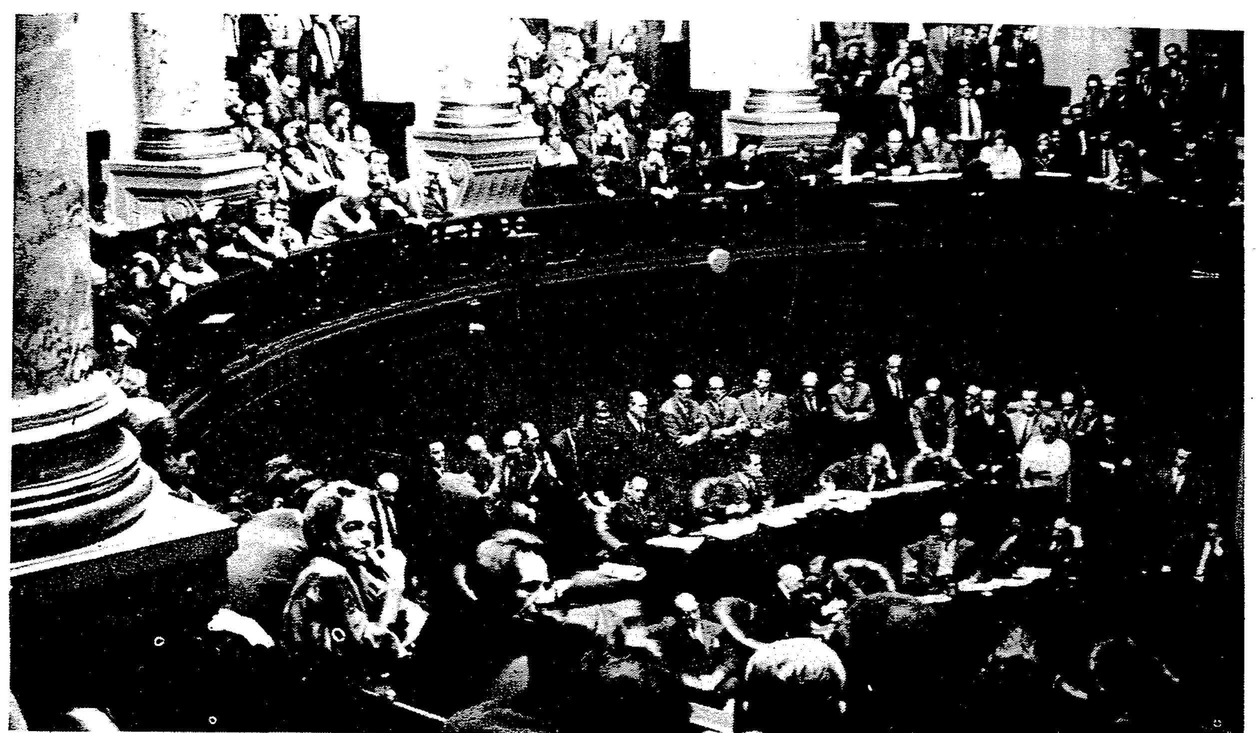
En todo caso, el aburguesamiento de los sectores dependientes impidió su organización como clase social en sentido pleno. En la medida en que adherían a los valores y las reglas de juego del sistema se integraban en él, renunciando a la posibilidad de asumir enteramente o por lo menos participar en el proceso decisorio.

LOS MESOCRATAS

País de clases medias, se ha dicho del Uruguay. Conviene empezar por rebatir una suposición encerrada en la manida frase: pues no se trata de clase o clases, sino de estratos ocupacionales. Les falta una toma de conciencia efectiva de sus intereses y la consiguiente organización para la conquista del poder. Sus valores derivan de los que propone la clase dominante; sus normas se atienen a las que los más poderosos elaboran para su consumo. Su emergencia a la sombra del poder estatal y su sobrevivencia a merced de los favores de éste explican en buena parte las carencias anotadas.

La gama de *status* ocupacionales comprendida en este sector es muy amplia, desde los pequeños comerciantes y artesanos dependientes hasta la infinidad de empleados de la administración pública y privada. Son éstos los que determinan más fuertemente los matices específicos de los estratos medios.

Un fenómeno particular da al sector la base ocupacional. Como otros países subdesarrollados y probablemente en mayor grado que muchos de ellos, el Uruguay desarrolló un vasto aparato burocrático ligado al Estado. Racionalmente, la burocracia implica cierto grado de delegación de responsabilidades, que convierten al aparato en un gran sistema de adopción de decisiones de distinto nivel. En nuestro caso la burocracia creció sobre todo por la necesidad de ocupación siempre latente en una economía pobre, y se integró al juego de contraprestaciones que sostiene al sistema político como tal. La concesión de un empleo público significaba la razonable expectativa, para el otorgante, de uno o más votos en las próximas elecciones. La otra parte recibía como contrapartida no tanto un acceso a elevados ingresos, cuanto una fuente de seguridad. La seguridad llegó así a ser el valor dominante en los burócratas —y se difundió desde ellos a la mayor parte de la población, hasta convertirse en un elemento estable de nuestra cultura—. Su primera consecuencia práctica es el aseguramiento de la estabilidad del empleo. Las normas que lo regulan pierden por lo tanto de vista el sentido económico del trabajo, y tratan de rodear a cada cargo de una serie de garantías. La fundamental de ellas tiene que ver con el desleimiento de la responsabilidad: nadie, al fin de cuentas, es responsable de la demora o el extravío de un expediente en alguno de los recodos del torrentoso y larguísimo trámite. Nadie podrá ser puesto en riesgo de perder su empleo por



Rodear a los árbitros. Foto: Archivo "El País"

una decisión incorrecta. El sistema, con estas características, debería llamarse más bien in-decisorio. Su repercusión sobre el funcionamiento de la economía es demasiado bien conocido como para que sea necesario insitir sobre ella.

Toda una visión del mundo —mejor dicho, la fabulación de un mundo irreal, constituido de papel y tinta— nace de esta situación y va difundiéndose progresivamente por los estratos medios, por la sociedad entera. Orientado no a producir sino a asegurar. ¿Qué? Probablemente, a asegurar el orden, cualquier orden, con tal de que la seguridad se conserve o se restaure. Buen apoyo para los mesías del rigor, por cierto.

LOS ARBITROS

Ya hemos hablado de las fuentes del poder de la *élite* política, y tendremos oportunidad de referirnos más detenidamente a sus modalidades de acción en el capítulo dedicado a los partidos. Nos interesa aquí recordar, simplemente, su posición en el tablero.

Aludimos principalmente a los políticos pertenecientes a alguno de los partidos tradicionales, los únicos que dentro del sistema han tenido posibilidad de acceder al poder. Su conducta está condicionada por una tradición nacional de reciprocidades. Dependen del apoyo ajeno: las financiaciones y los favores de quienes manejan la economía, el voto

legitimador de la ciudadanía; y responden a ese apoyo concediendo sus favores y constituyéndose —a falta de poderes más fuertes— en los árbitros que deciden las pequeñas batallas emprendidas a lo largo de la prolongada guerra entre los distintos sectores de interés presentes en la sociedad.

Su habilidad fundamental consiste, en consecuencia, en el compromiso (en el sentido del correspondiente vocablo francés *compromise*: componenda). Como hábiles componedores, se valen de una estructura política distributiva, que no requiere grandes arrestos de genialidad y sí, en cambio, olfato político, buenas relaciones públicas, flexibilidad ética, capacidad verbal. Y, sobre todo, un conformismo macizo, sin fisuras, radical.

La *élite* política es, en efecto, la gran usufructuaria de los mitos nacionales. No importa que la libertad consista en realidad en la permisión de decir lo que a cada uno se le ocurra, y esté impedido en cambio su sentido más profundo: el de capacidad para asumir la conducción del propio destino. Lo que importa es poder revestirse del prestigio que corresponde a un defensor de las libertades. Los mitos pueden dar sentido a una vida, cuando se cree en ellos. Cuando simplemente se los usa aparece inevitablemente cierto grado de mala conciencia, cierta proclividad a la corrupción.

Aun cuando ésta sea la palabra más recurrida cuando se trata de inventariar los pecados de esta *élite*, no es el mayor de los que han de imputársele. Su mayor culpa es la de omisión: el no haber hecho del Uruguay una nación coherente, levantada por encima de los mínimos intereses sectoriales. Tal vez no pudieron hacer más: concebida la profesión política como expediente de ascenso social, desgajado de todo apoyo social realmente vivo, casi inevitablemente tenían, estos profesionales, que incurrir en la mediocridad. Puestos en un país pequeño, limitadísimo, carecieron de la grandeza necesaria para darle una historia propia. Pero la grandeza no abunda.

En todo caso, en su pecado está la penitencia. Ya habremos de verlo.

LOS GUARDIANES

Toda sociedad, por integrada que sea, necesita de la fuerza como *ultima ratio* a la hora de poner orden o de salvar la vida. La seguridad externa e interna requieren el desarrollo de las fuerzas correspondientes.

En cuanto a la seguridad externa, el país ha estado más bien desguarnecido, tradicionalmente. Su ejército difícilmente puede parangonarse con el de cualquiera de sus vecinos, sin necesidad de hablar de las grandes potencias. Justamente en el equilibrio entre los vecinos reside la mayor de las seguridades.

A tal punto llega esta marginalidad tradicional de nuestro ejército en lo que va del siglo que el único golpe de estado ocurrido en su transcurso se bastó con la policía y el cuerpo de bomberos.

La neutralidad política de las Fuerzas Armadas ha constituido uno de los rasgos exóticos del Uruguay en el continente. Se ha dado como razón última de esta "neutralidad" el llamado "sentido civilista" de nuestros militares. Pero esto traslada el problema, en lugar de resolverlo. Queda por saber por qué ese civilismo reemplaza, entre nosotros, al militarismo habitual en el continente. Tal vez importe subrayar que nuestra sociedad, en lo que va del siglo, ha dispuesto de mecanismos de control cuyo funcionamiento hizo innecesario el recurso a las Fuerzas Armadas como última instancia de poder. La identificación de los altos mandos con los valores sustentadores del orden establecido contribuye al mismo resultado. No es necesario resolver el conflicto con el uso abierto de la fuerza



Foto: H. Añón

El 25 de Agosto en la Florida.

si otros mecanismos menos costosos logran el resultado, y si quien tiene la fuerza está de acuerdo con los demás. Obvio es recordar que en estos tiempos han dejado de estar vigentes tales circunstancias. La hora de los guardianes puede estar llegando. Qué nos depara, es tema para zahoríes.

LOS OFICIANTES

El aparato del poder se completa con la red de instituciones jurídicas que pautan el funcionamiento cotidiano de la sociedad, y con las legitimaciones que le confieren valor al sistema como un todo.

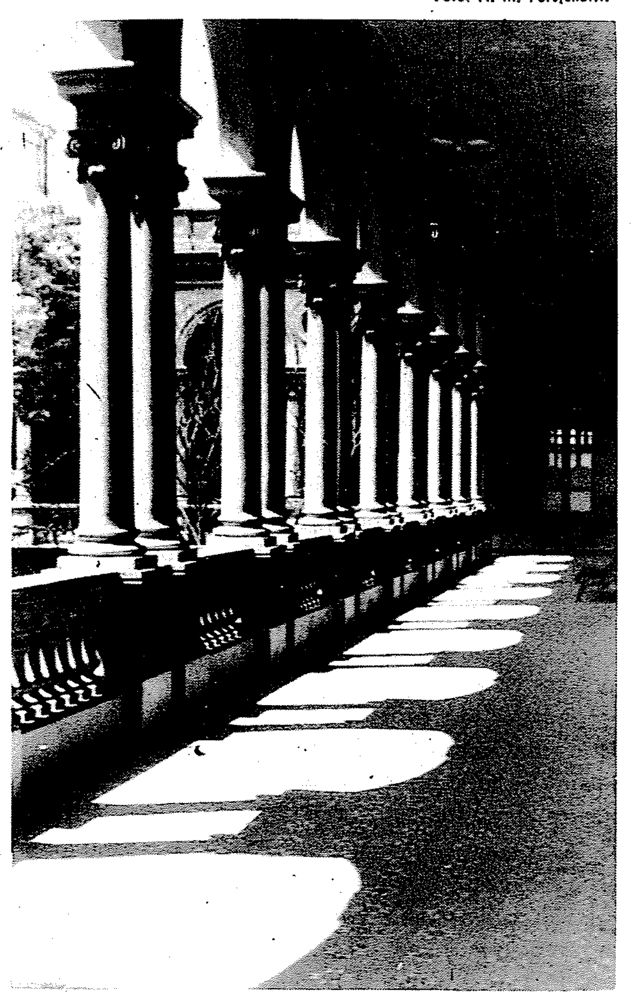
País secular, el Uruguay necesitó construir otros mitos, otros ritos, y disponer de otros oficiantes a falta de los propiamente religiosos. Los universitarios y los intelectuales asumieron el *rol* y construyeron pacientemente las creencias y las prácticas consiguientes.

No haremos caudal del lugar eminente de los médicos en el sistema: su oficio tiene que ver con necesidades tan primarias e históricamente incondicionadas como la salud y la vida. El verdadero prototipo, en el *rol* que estudiamos, está constituido por los abogados.

A ellos y a algunos intelectuales no graduados que en su mayoría pasaron alguna vez por las aulas de la venerable Facultad de Derecho se debe la minuciosa trama de normas y valores que ha servido para sostener el poder, ocultando sus fuen-

tes a la mirada profana. Todo tiempo pasado fue bueno para ellos, artífices de la selva jurídica y baqueanos de sus picadas. Todavía hoy los hay dispuestos a recomponer la tela cuando las urgencias del momento obligan al poder real a desgarrarla.

El templo de los oficiantes: Facultad de Derecho.
Foto: A. M. Persichetti.



Tal vez demasiado cultos para una sociedad tan gris, contribuyeron además en forma relevante a desarrollar la enajenación de la cultura nacional. Ya que el destino no les deparó la suerte de nacer en París, hicieron por lo menos todo lo posible para reconstruir entre nosotros un París en miniatura.

Los avances de la industrialización dieron su lugar a otros técnicos de nuevo cuño: contadores, ingenieros, arquitectos, condenados hoy a esperar los tiempos prometidos a la tecnocracia. Entretanto, la crisis quizás contribuya a que algunos descubran la historia que los ha hecho y de cuyo futuro son responsables.

TIEMPOS DE HIERRO Y SANGRE

Dos líneas explicativas confluyen para dar cuenta del fin de los tiempos dorados: por un lado, el cambio de las condiciones de dependencia; por otro, la agudización de las contradicciones internas.

Las condiciones externas se transforman radicalmente tan pronto como los Estados Unidos, libres del compromiso bélico europeo, se sienten obligados a atender la situación de este su patio trasero. La nueva potencia metropolitana ha entrado ya en la fase imperialista de su desarrollo económico, lo cual supone aplicar a su periferia modelos muy distintos de los empleados por el colonialismo británico. El apogeo de los monopolios conlleva la exportación de capitales y el estímulo al desarrollo de las economías dependientes bajo control y para beneficio de su centro. La escala necesaria para el tipo de empresa requerido se convierte entonces en la primera de las dificultades que ha de experimentar el Uruguay a la hora de readaptarse. Su escaso mercado interno lo hace muy poco atractivo para la inversión externa, y queda por lo tanto marginado de esa fuente de ri-

queza. Asimismo, las inversiones no se sienten tentadas por el tipo de productos dominantes, innecesarios para sus mercados y probablemente llamados a pesar menos en el esquema de necesidades como consecuencia de los avances tecnológicos (las fibras y, ahora, el cuero sintético contra las lanas y los cueros, por ejemplo). De esa manera, la asistencia financiera no se ha dirigido tanto a vitalizar la producción cuanto a salvar los crecientes déficit fiscales, con el consiguiente endeudamiento.

Por otra parte, el impulso de la industria sustitutiva de exportaciones se frenó a su vez, y la economía sintió decisivamente este deterioro sumado al largo estancamiento productivo del sector agropecuario. Se perdió entonces la de todos modos bastante remota posibilidad de liberación económica, trabada por las inadecuadas dimensiones del país. A la recesión económica siguieron graves consecuencias sociales, agitación creciente, tendencias disgregadoras del sistema, formas de conflicto impensables poco tiempo atrás.

En este punto el imperialismo vuelve a sentir interés por el pequeño país convulsionado. Es necesario evitar que desde aquí se impulse una subversión que amenace la estabilidad del dominio en la región. Dos líneas de asistencia se ponen entonces en camino: una orientada a proporcionar a quien quiera guardar el "orden" los recursos necesarios para hacerlo cabalmente; otra, a atacar las probables fuentes de frustración, ordenando la economía. Esta segunda línea implica una estrategia que desborda las fronteras y lleva a una integración regional, como habrá de verse a su turno. Entretanto, el endeudamiento del país lo ha dejado en manos de sus acreedores y la desnacionalización de la banca completa el círculo de hierro de la dependencia.

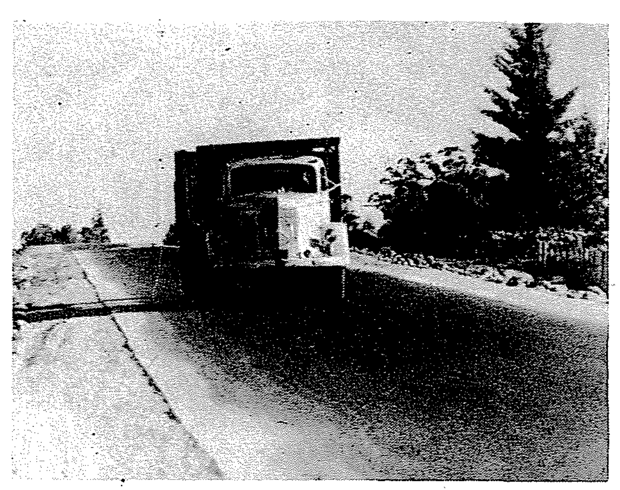


Foto: A. M. Persichetti.

Ruta 5: un signo de los nuevos tiempos.

LA NUEVA "ELITE" DEL PODER

La primera tarea consiste en restablecer la paz interior. De ahí la necesidad de imponer un estilo de gobierno fuerte y ágil, capaz de enfrentar activamente los impulsos de la oposición cada vez más radicalizada. Un gobierno sin compromisos estrictamente internos, dispuesto a jugar todas las cartas necesarias para el mantenimiento de la nación dentro del área de influencia de la metrópoli. El primer gran paso en esa dirección se dio con la Constitución Naranja; toda vez que ha sido necesario su vigencia fue suspendida, aunque no faltaron nunca doctores para estirar los argumentos de las más afinadas exégesis hasta cubrir la ruptura. En realidad, no parece que sea necesario abandonar definitivamente las formas: todavía está vigente, por lo visto, la capacidad legitimadora de la mitología jurídica nacional.

Fue necesario, además, fortalecer las fuerzas del orden y establecer formas de represión que el país no conocía o había olvidado. Gracias a este mo-



Foto: Archivo "El País".



Foto: Archivo "El País".

Jorge Peirano Facio - Jorge Batlle: líderes de la política actual.

vimiento han pasado a primer plano poderes que en esta tierra habían sido marginales. Todavía es demasiado temprano para saber si la maniobra será completamente exitosa: los guardianes también piensan con cabeza propia, y ejemplos no muy lejanos están viniendo a probarlo.

Por ahora el camino parece conducir a un Estado policial cada día más riguroso. La extensión de la jurisdicción militar a ciertos "elementos asociados para delinquir" precedía en un día a la remisión al Parlamento de un proyecto de ley represiva de "delitos contra el orden interno" (abril 4 de 1970).

A los pocos días se conoció un precedente paraguayo raramente semejante, como para hacer pensar en una misma mano redactora. En esta dirección va una de las tendencias que se enfrentan en el interior de la nueva y todavía indecisa *élite*. No es la única ni, probablemente, la más fuerte a largo plazo, pero está viviendo su hora culminante.

La propia clase dominante tradicional está puesta en cuestión. Debilitada su base material, es jaqueada cada vez con mayor frecuencia e intensidad por las medidas económicas que el gobierno se ve precisado a adoptar dentro de la política asumida. Su descontento es evidente, pero la visión clara de la situación permanece velada para ella por efecto de los anclajes ideológicos que le hacen adherir a todo lo que venga justificado por la lucha contra el "comunismo".

Hay una parte de esa clase, sin embargo, que parece emerger como nueva *"élite"*. Su base fundamental es la banca, y no toda: sobre todo aquellas grandes empresas más directamente ligadas a los centros financieros metropolitanos. Parecería que el futuro nos depara no una clase dirigente, sino una módica clase gerencial.

LOS REPRIMIDOS

Los sindicatos han ido ahondando, a lo largo de la crisis, las dimensiones políticas de su conciencia de clase. No siempre su diagnóstico del

La represión, a veces sangrienta, sólo renueva los brotos. Foto: Archivo "El País"



Uruguay es compartible (pero ¿acaso hay alguno que lo sea enteramente?). Pero en cambio su militancia, tantas veces frustrada en los últimos tiempos, los ha llevado a una conciencia cada vez más lúcida de su contradicción con los valores dominantes.

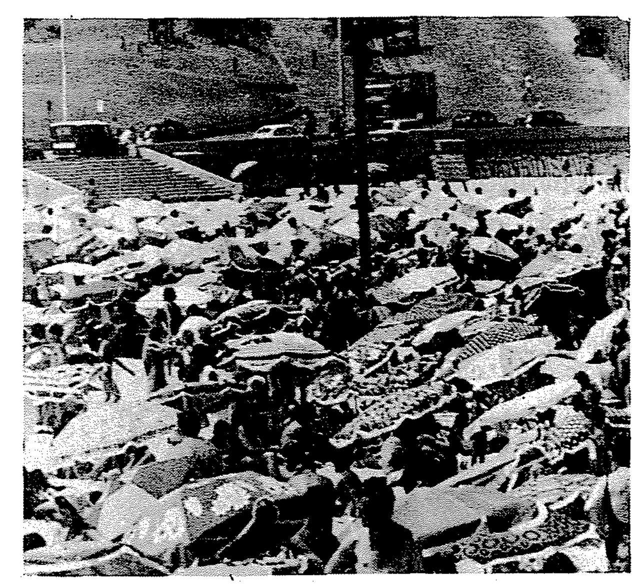
Sin embargo las posibilidades de acción de los sindicatos están doblemente limitadas: la represión ha mostrado su eficacia, adelantándose incluso a la acción de los trabajadores y conduciéndolos más de una vez a situaciones sin salida. Por otro, la unidad del movimiento sindical queda, en el momento de la acción, afectada por la discrepancia entre los sectores más radicalizados y aquellos cuya afiliación a una estrategia internacional proporciona dosis incalculables de cautela.

Otra oposición ha nacido, con armas más radicales, alimentada sobre todo por militantes provenientes tanto del sector laboral como del gremialismo universitario. Lo poco que de ellos podemos decir se dirá más adelante.

LOS DESCONCERTADOS

Vasto es el campo de los desconcertados ante el rápido cambio de la situación. Lo está casi toda la *élite* política, que ve morir cada día un poco más el sistema formal sobre el cual se apoyaba su poder. Lo están vastos sectores profesionales e intelectuales, lastrados por la nostalgia de aquel Uruguay que, con toda su modestia, era después de todo mejor. Lo están, sobre todo, los estratos medios —salvo tal vez la parte de ellos que se sumó a la clase proletaria por la militancia sindical— que ven perdidas sus caras seguridades de antaño.

Dos formas de reacción fundamentales aparecen entre el gran número de los uruguayos que ven perdidos los valores y las normas en cuyo protector



El uruguayo a la espera. Foto: A. M. Persichetti.

regazo crecieron ayer. La primera de ellas es tal vez la más estéril, pero al mismo tiempo cargada de valores rescatables. Es la de quienes sueñan con retornar al Uruguay perdido y que tal vez recién ahora comienzan a gustar el sabor verdadero de algunas palabras devaluadas a fuerza de mitificadas. Entre ellos se encuentra todavía una ingente reserva moral, capaz de realizarse en el futuro.

La otra forma es la más preocupante. Quien pierde la seguridad busca con demasiada frecuencia reencontrarla, a cualquier precio. Es a este sector, quizás todavía mayoritario, que se dirigirán, llegado el momento, las seducciones de quienes quieran conservarse en el poder. En él está el talón de Aquiles de nuestras ilusiones democráticas, y no es el culpable de esta debilidad. Hay otros más responsables: los que no supieron en tiempos mejores crear un verdadero proyecto nacional para este país.

LOS GRUPOS DE PRESION

Los grupos de presión han desempeñado un papel de gran importancia en el proceso político nacional: ya hemos debido mencionarlos más de una vez en los capítulos precedentes. Nos acercaremos más, ahora, al análisis de este campo hasta el momento apenas rozado.

En nuestro enfoque nos interesa mucho más poner de relieve las características de la categoría "grupo de presión" que la crónica menuda de tal o cual grupo más o menos célebre. De ahí que no intentemos historiar algunos casos, aunque sí los mencionemos para iluminar la exposición sistemática y reservemos, al final, cierto espacio para la problemática particular de alguno de ellos.

QUE SON

Es posible reagrupar a los miembros de una sociedad en cierto número de categorías definidas con arreglo a una o más características comunes a quienes las forman. La mayor parte de estas características puede ser sociológicamente irrelevante: parece difícil descubrir algo más que trivialidades mediante el análisis de los pelirrojos zurdos que usan mocasines en verano. Salvo que los cabellos rojizos, la zurdería y los mocasines lleguen a indicar, para una sociedad determinada, la pertenencia a un grupo dominante o marginal (por ejemplo). En algunos casos puede suceder que aquellas características posean relevancia social (se adscriben a ellas valores y actitudes, y pueden ser desencadenantes de conductas típicas) y la categoría formada por quienes las comparten es algo más que un mero agregado taxonómico o estadístico caprichosamente recortado. Es probable que esta suerte de grupos categoriales posean algunos intereses en común, reconocidos como tales por sus miembros: se trata entonces de *grupos de interés*.

Dichos grupos suelen organizarse para la realización de los intereses específicos que comparten. Estos *grupos de interés organizados* pueden incluir entre sus formas de acción la intervención en la esfera política de la sociedad. Cuando la intervención es manifiesta y orientada a la conquista y el ejercicio del poder político institucionalizado, los grupos de interés derivan en *partidos y movimientos políticos;* si en cambio recurren al ejercicio de influencias sobre los órganos de poder, sin constituirse manifiestamente en grupos políticos, devienen *grupos de presión.* De éstos hemos de ocuparnos en el presente capítulo; de los primeros en el siguiente.

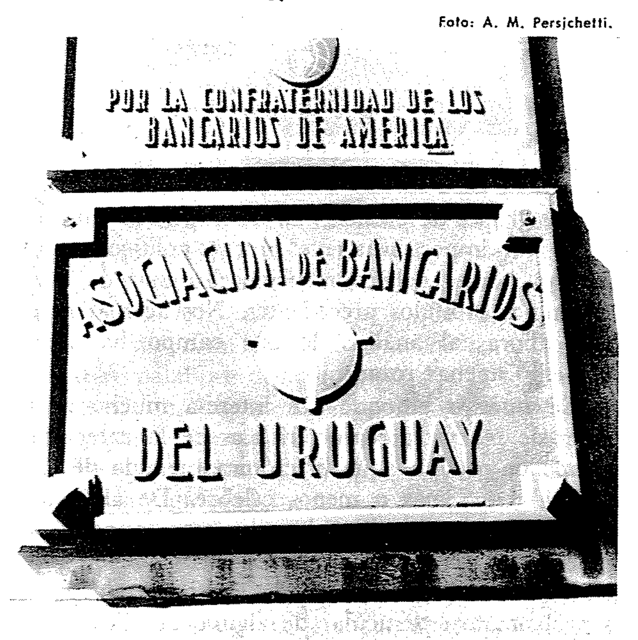
GRUPOS DE PRESION Y CLASES SOCIALES

De una manera general, puede ser postulada la existencia de una íntima relación entre la orientación y formas de actividad de los grupos de presión y las clases sociales. Las últimas, en tanto se organizan para la lucha política, recurren a los grupos de presión como uno de sus instrumentos privilegiados. Interesa a este respecto señalar una diferencia importante según que la clase considerada se encuentre integrada al sistema social establecido o se halle por el contrario en oposición con él. En el primero de los casos los grupos de presión se orientan por valores que coinciden con los dominantes en la sociedad en cuestión. Pueden por lo tanto prescindir de tomas de posición política explícitas, en la medida en que sus valores forman parte de las evidencias socialmente establecidas. Es así como las clases dominantes se encuentran como el pez en el agua en la acción de los grupos de presión: pueden perfectamente presionar sobre las decisiones políticas sin que se advierta fácilmente el carácter político de su acción. Pueden incluso definirse como ajenas a toda preocupación política, religiosa o ideológica. Otro tanto ocurre con aquellas clases (o estratos, meramente) que sin ser dominantes aceptan de todos modos la configuración actual del sistema: tal lo que sucede con muchos grupos de presión nacidos en los estratos medios.

En cambio, las clases que adoptan una posición revolucionaria respecto al orden establecido deben, en algún momento de su lucha, recurrir a definiciones políticas explícitas, que en cierta medida

En el conflicto bancario, dos tendencias sindicales, chocaron frontalmente.

Foto: A. M. Persichetti.



excluyen a sus organizaciones de la categoría pura de los grupos de presión. Para ellas se trata de asumir un poder del cual se encuentran excluidas para utilizarlo en dirección distinta de la establecida. Por lo tanto, pueden recurrir a la organización como grupos de presión mientras se prepara la lucha definitiva, pero cuando ésta se torna manifiesta deben pasar, inevitablemente, al otro extremo de nuestra clasificación de los grupos de interés organizados.

LA INSERCION DE LOS GRUPOS DE PRESION EN EL SISTEMA POLITICO

En la definición de los grupos de presión va implícita su relación con el sistema político. Esta inserción reconoce, sin embargo, modalidades atendibles según cuáles sean las características del sistema político considerado. Trataremos de mostrar las propias de nuestro país, especialmente durante el período que hemos llamado antes "la última edad de oro". Recogeremos más sistemáticamente aquí algunas indicaciones que quedaron sugeridas en los capítulos precedentes.

Ya se mostró cómo la *élite* política asumió en nuestra sociedad un *rol* arbitral entre las partes de un conflicto social indeciso. El ejercicio de ese poder requirió la construcción de un sistema normativo y legitimador adecuado, que estuvo dado por las instituciones políticas consagradas primordialmente en nuestras constituciones. Se acogió en ellas la indefinición de la estructura de poder, asegurando una amplia participación a los diversos sectores políticos reagrupados en los partidos mayoritarios y, a través de ellos, a los diversos centros de poder socialmente establecidos.

La siempre comentada atomización de los partidos mayoritarios asumió, en sus dos rostros, la responsabilidad de servir como medio de transmisión de las urgencias presentadas por grupos de presión a la decisión política, sin pérdida de su capacidad integradora.

La función integradora es desempeñada por lo que podríamos llamar la faz electoral de los partidos: de ella habremos de ocuparnos en el próximo capítulo.

El problema que aquí nos interesa comienza, junto con la tarea de gobernante, el primero de marzo siguiente a la elección (en realidad ya ha comenzado antes, a lo largo del respiro otorgado por los meses que van del comicio a la toma del mando). Recuérdese que los grupos políticos llegados al poder, aun cuando el partido triunfante tenga mayoría parlamentaria, carecen en cambio de unidad en torno a un programa político propiamente dicho. Es más: en parte por participar de los valores dominantes en nuestro mundo político, en parte por cálculo respecto de las siguientes elecciones, el gobernante se concibe a sí mismo como una suerte de ángel guardián de la sociedad, de toda la sociedad, de cada uno de los grupos presentes en ella, por más contradictorios que sean sus intereses. Esta actitud básica lleva a que las opciones exigidas por una política de largo plazo resulten imposibles. La política se va decidiendo paso a paso, previo escrutinio de las propuestas de cada sector interesado (y previa contabilización, por supuesto, de las respectivas capacidades de regateo). Con frecuencia, ni siquiera una consulta abierta y comprehensiva tiene lugar: la decisión responde a la orientación sugerida o impuesta por quien tiene más valimento o llega antes a pedir su parte. Los grupos de presión se constituyen entonces en los trasmisores, ante el poder político, de las exigencias de los distintos sectores, así como de sus posibilidades de presión.

Esta peculiar estructura decisoria confiere a la política su aspecto errático, contradictorio, inorgánicamente acumulativo. Significa, de paso, una desideologización del quehacer político, un poco al estilo norteamericano. Se trata de dar respuesta a problemas aislados, desgajados de su contexto histórico, donde las cuestiones de valor permanecen persistentemente en la sombra.

El prerrequisito para el funcionamiento de este sistema está dado por un acuerdo general acerca de los valores dominantes, que por lo tanto pueden darse por evidentes y no ser sometidos nunca a discusión. Como hemos tenido oportunidad de señalarlo, este prerrequisito está bastante bien configurado en nuestras estructuras de poder.

Hay otra condición de factibilidad, sin embargo, que no se cumple adecuadamente en nuestro caso, y que viene a conferir, por ausencia, una potencialidad disgregadora muy alta al sistema. Se trata de la posibilidad de satisfacer realmente a todos los sectores, en el marco de una economía creciente cuyos beneficios pudieran ser distribuidos por el aparato político. Esta condición no se cumple realmente en nuestra sociedad, a pesar de las ilusiones forjadas durante el auge de la industria sustitutiva de exportaciones. En consecuencia la opción por uno de los sectores reclamantes implica realmente la postergación de los que con él concurren; y el intento de satisfacer también a éstos conlleva el riesgo, con frecuencia realizado, de introducir contradicciones que llevan únicamente al empantanamiento de toda la política seguida. El desgaste de la situación económica crece por la misma razón: el desarrollo queda así viciado en sus fundamentos. La insatisfacción crece inevitablemente, sin que pueda ser encubierta por la retribución adecuada de las aspiraciones, y se hace más generalizada cuanto más fiel se quiere ser a la actitud de satisfacer a todos. El juego de los grupos de



Foto: A. M. Persichetti.

El ruralismo, ayer decisivo, hoy desconcertado.

presión corroe así continuamente su propio cimiento.

LAS FUENTES DE PODER

La acción de los grupos de presión es una forma de ejercicio de poder, entendido latamente como capacidad de contralor u orientar la conducta de otros.

Por definición los grupos de presión existen para ejercer poder, entonces; sólo que éste, por no estar institucionalizado, resulta menos visible e incluso puede ser problemático aceptarlo desde un punto de vista democrático purista.

Debe ser tenida en cuenta la naturaleza de los dirigidos del caso, que son los que poseen capacidad de decisión política. La motivación central de

los gobernantes (por lo menos desde el punto de vista que ahora consideramos) es la de permanecer en el poder. En realidad, la fragilidad programática de nuestros partidos hace que esta motivación sea todavía más central: no se encuentra contrabalanceada por un criterio selectivo coherente respecto a cuáles han de ser las grandes líneas de la acción política. Por supuesto, en no pocos casos pueden darse otras motivaciones, ya sea que se aspire a realizar determinado programa político o que se procuren ventajas personales extrapolíticas. El primer caso no es excesivamente frecuente; el segundo constituye una tentación que acecha a todo funcionario y ha de ser considerada como una desviación respecto a las expectativas formales del *rol*. Son éstas las que nos interesa primordialmente tener en cuenta para el análisis.

EL PODER DEL NUMERO

La fuente más aparente e inmediata de poder para un grupo de presión reside en el número de sus adherentes realmente comprometidos, o de aquellos que sin estarlo del todo regirán su conducta electoral de acuerdo con las orientaciones que los dirigentes del grupo elaboren.

Los ejemplos de utilización del poder son frecuentes en nuestra historia política. Los movimientos que precedieron a las elecciones de 1958 son un excepcional ejemplo. Se trataban, simultáneamente, el proyecto de Ley Orgánica de la Universidad y una serie de leyes que contemplaban reivindicaciones sindicales. Sindicatos y gremios estudiantiles organizaron sus planes de lucha, separados al comienzo, convergentes en un movimiento único hacia el final del período legislativo. Se sumaron además extensos sectores no comprometidos directamente con los reivindicantes, pero afectados ya por los primeros síntomas de la crisis económica. Una serie de actos masivos expresaron públicamente las reclamaciones, ya en pleno hervor de la campaña electoral.

Sobre el final del plazo constitucional, las leyes salieron casi en paquete (como hoy ha dado en decirse). Las consecuencias fueron todavía más lejos: las elecciones inmediatas culminaron en un verdadero "blanqueo" del país, rompiendo con el largo predominio del Partido Colorado. El caso permitió observar tanto la capacidad de presión propiamente dicha, como las derivaciones políticas más directas que pueden apoyarse sobre el número de los movilizados por los grupos de presión. Por supuesto, la acción de éstos fue hábilmente utilizada por la oposición política, y desembocó al fin en el terreno específicamente electoral.

Otro ejemplo —todavía más nítido en su derivación estrictamente política— es el de la Liga Federal de Acción Ruralista. Su base de reclutamiento estaba constituida principalmente por pequeños y medianos productores rurales de los departamentos del sur de la república, y su influencia se extendió progresivamente a otros sectores rurales y aun, más limitadamente, urbanos. Su máximo factor aglutinante estaba dado por la figura del difunto Benito Nardone (Chico-Tazo), un líder que supo estudiar cuidadosamente un lenguaje y un estilo de conducta rurales a pesar de su origen montevideano. La organización de base, cuidadosamente desarrollada, puede ser rápidamente movilizada en caso de necesidad; los "Cabildos Abiertos" reúnen periódicamente a los fieles, aprovechando las reminiscencias artiguistas de la denominación como fuente adicional de prestigio; la radio, sin embargo, gracias a las audiciones diarias del caudillo, sirve de elemento cohesor fundamental. Del servicio (información de mercados, avisos urgentes que no podrían llegar por otra vía en el incomunicado medio campesino) se pasa gradualmente a la formación

de una conciencia gremial, luego política. Durante algún tiempo Nardone utilizó su respaldo como argumento de presión sobre las decisiones políticas y como respaldo, alternativo, a quienes siguieran la línea preconizada por la Liga. Avanzando la crisis, pudo aparecer como una verdadera alternativa política, ingresando al lema Partido Nacional para ganar las elecciones —con buen número de votos de tradición colorada— y convertirse en factor de poder decisivo. Luego de la muerte del líder el poder de la Liga Federal se desfibró, desgastado además por su impotencia para resolver los problemas de largo alcance que se hacían manifiestos en el deterioro económico.

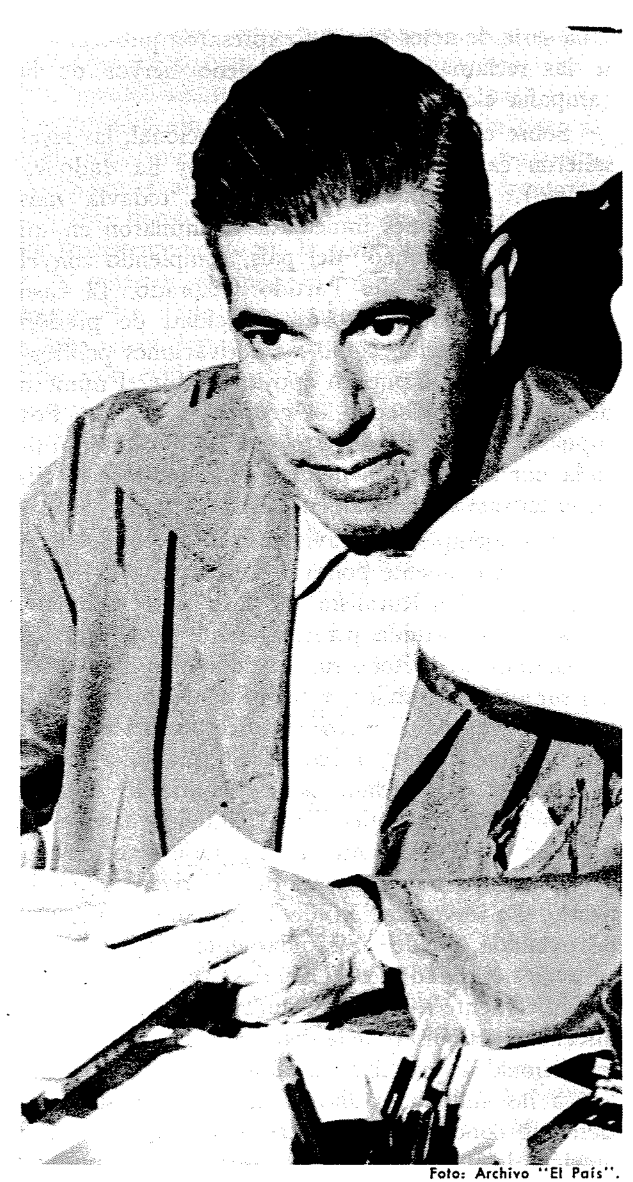


Foto: Archivo "El País".

Benito Nardone. Su estilo "entrador" no tuvo continuadores.

PODEROSO CABALLERO

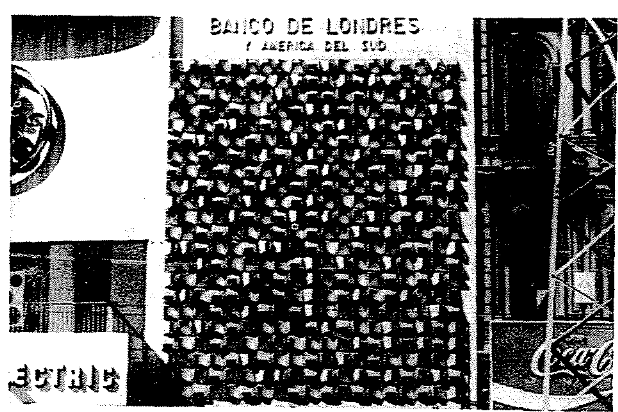
Una segunda fuente de capacidad de presión está configurada por el poder económico. En la discusión política del tema se suele llamar la atención sobre el aspecto más obvio, más venal de la cuestión: los grupos que disponen de un sólido fundamento económico pueden darse el lujo de pagar por los favores recibidos, ya sea mediante gratificaciones a funcionarios influyentes como mediante el más indirecto y sutil camino de la financiación de campañas políticas. Sería ingenuo negar la existencia de estos hechos, hasta cierto punto admitidos como normales. Por algo la coima es una de las instituciones nacionales.

Sin embargo el dinero juega un papel más fundamental y constante por vías menos objetables desde el punto de vista ético. La movilización de un grupo de presión es costosa, y casi cualquier mecanismo utilizado requiere ingentes insumos. Una campaña de prensa tiene un costo; una huelga también, como lo saben en carne propia quienes las han vivido prolongadas. Las posibilidades de éxito de una acción de presión quedan así condicionadas a la

disponibilidad de recursos monetarios. Por lo menos, es más cómoda la acción de quienes los poseen, aunque no siempre les asegure el éxito.

La posibilidad de que los grupos de presión representen realmente la distribución de las corrientes de opinión en la sociedad queda por tanto gravemente lastrada. De hecho se establece una diferenciación entre los que pueden financiar adecuadamente su acción y quienes están alejados de ello. Los remitidos de prensa —un arma muy utilizada en la preparación de la opinión pública— no están igualmente al alcance de todos los sectores; más aun, la posesión de o el fácil acceso a los medios de comunicación más difundidos están en manos de unos pocos sectores de opinión. Este juego se inclina a favor de los grupos de presión que pertenecen o responden a los intereses de las clases dirigentes de la economía, si bien el ingenio que despliegan sectores menos dotados pero fuertemente motivados para alcanzar modestos resultados en esta línea suele ser una demostración de que Don Dinero no es, por lo menos, *todo*poderoso.

Los sindicatos pueden presionar económicamente, sin embargo, y con harta eficacia. Su capacidad es de orden negativo, fundamentalmente, y está limitada en último término por el poder, tanto de los empleadores como del propio gobierno. Se manifiesta sobre todo en la resistencia a cumplir la prestación de trabajo esperada —paro, huega—, con el añadido de medidas más radicales en casos particularmente graves: ocupación de locales de trabajo, prestación restringida de servicios, manifestaciones públicas acompañadas en grado variable de acciones violentas. A medida que la rigidez de estas medidas aumenta, la politicidad del movimiento se hace más explícita, hasta transgredir los límites estrictos de lo que corresponde a los grupos de presión.



La banca: un poder.

Un caso particular es el de las agremiaciones estudiantiles, cuyo poder radica fundamentalmente en la capacidad de volcar a su favor la opinión pública mediante acciones más o menos espectaculares, incluida la huelga. Las repercusiones económicas de estas armas son más bien indirectas, y las formas de acción de estos movimientos se apoyan generalmente sobre otras fuentes de poder que la considerada. No debe ser dejada de lado, sin embargo, la circunstancia de que cualquier movilización importante tiene también un costo; sin embargo, el ingenio desarrollado por los movimientos estudiantiles para superar esta barrera ha demostrado ser extremadamente fecundo.

Otro caso más directamente ligado al poder económico es el de los gremios patronales, que recurren a muchas de las formas de acción de los sindicatos obreros. La suspensión del suministro de productos fundamentales es una de las más utilizadas: los productores lecheros han demostrado más de una vez su eficacia. En el caso de algunos servicios públicos de administración privada, específicamente los transportes, se ha podido advertir una combinación particularmente extraña: las huel-

gas obreras para respaldar el reclamo de aumento del precio del servicio. En estos casos lo que se pone en cuestión no es directamente la capacidad financiera, sino la potencialidad para desbaratar el normal funcionamiento de la economía.

ORGANIZACION

Un factor que se combina a veces con el anteriormente estudiado, y otras llega hasta a reemplazarlo, es el grado de organización alcanzado por el grupo. Obviamente, no se trata de una forma distinta de poder, en sentido estricto, pero su importancia en orden a optimizar el uso de cualquier forma de poder hace necesario considerar este factor con relieve propio.

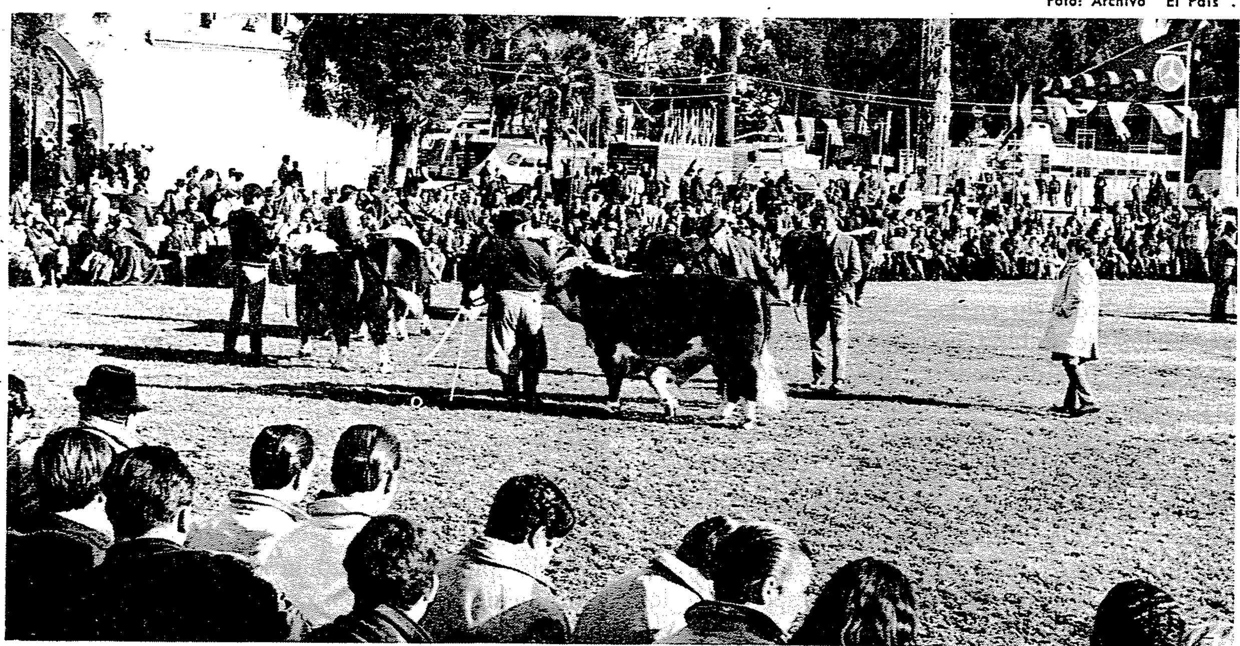
La organización implica dos dimensiones fundamentales. La primera se refiere al grado de cohesión interna del grupo y a la extensión que éste alcanza en el ámbito de sus potenciales adherentes. La segunda a la optimización del manejo de recursos en circunstancias dadas.

La segunda de estas dimensiones tiene que ver con los procedimientos de presión, que serán analizados poco más adelante. La primera, en cambio, merece un desarrollo más atento desde ya.

El primer caso que nos ayudará a entender lo que queremos decir es el tantas veces mencionado de la Asociación Rural. El número de sus adherentes activos no llegó a ser muy elevado por los años de su apogeo. Al contrario: el acceso quedaba intencionalmente limitado por una cuota relativa-

El encuentro anual de una "élite".

Foto: Archivo "El País".



mente elevada, restrictiva del acceso de nuevos socios. Era, quería ser, una organización de clase, más aun, la *élite* de una clase por naturaleza corta en número. No cabe duda de que el poder económico de los pocos adherentes compensaba en gran medida su exigüidad numérica; pero lo que hizo de la Asociación un grupo de presión formidablemente gravitante fue su muy lograda organización interna. Comenzaba ésta por una coherencia ideológica cuidadosamente cultivada, pero llegaba mucho más lejos. El grupo llegó a ser imprescindible para la tarea de gobierno en la medida misma en que conocía como nadie los menores detalles de la problemática rural y aplicaba ese conocimiento al desarrollo de un programa coherente con sus intereses y valores. No es demasiado frecuente encontrar esta capacidad de estudio en los grupos de presión: parece que a muchos de ellos les bastara con tener claras las metas, aunque no dispongan de los mínimos mapas que les esclarezcan la ruta para llegar a ellas.

Todavía puede mencionarse, entre otros muchos rasgos igualmente notables, la preocupación de la Asociación por difundir su pensamiento, realizando una verdadera tarea docente a través de su revista.

Otro caso —más genérico— es el de los sindicatos. Su poder reside primordialmente en el logro de una organización que asegure la unidad sin fisuras de sus adherentes. Individualmente considerados los trabajadores carecen de capacidad de presión. Su poder reside originariamente en el número, que no puede ser eficaz sin una organización que lo active.

Las exigencias de organización difieren entre los momentos de normalidad y los de conflicto abierto. No es necesario producir muchas pruebas para la aserción de que el conflicto abierto prueba el temple de la organización sindical: el mantenimiento de la comunicación y la unidad internas, la acción sobre la opinión pública, el contacto directo con gobernantes, legisladores y otros políticos influyentes, la búsqueda de recursos para subvenir a los costos directos del conflicto y a las necesidades de los trabajadores temporariamente privados de sus ingresos habituales, son unos pocos ejemplos de todo lo que pone en tensión en tales circunstancias a la organización sindical.

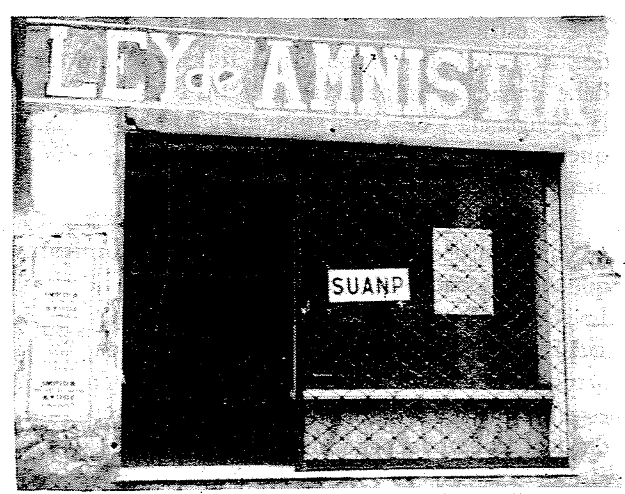


Foto: A. M. Persichetti.

La clásica acción persuasiva de los sindicatos.

Los sindicatos orientados al control del puesto —*job control*, según el clásico modelo norteamericano— pueden darse por satisfechos con eso y muy poco más: una administración burocráticamente especializada puede conducir sin dificultades los negocios del sindicato en tiempo de paz. No sucede lo mismo con los sindicatos cuya meta es la transformación radical de la sociedad. Inevitablemente, en la medida en que actúen efectivamente en orden a esa meta, llegarán para ellos momentos en que deberán descansar sobre la afinada conciencia política de las bases, más allá de la

esfera estricta que hemos definido como propia de los grupos de presión. Su actuación como tales debe capacitarlos para la hora de la verdad: tal la exigencia de toda organización de clase, que ya hemos podido ver en el caso —políticamente opuesto— de la Asociación Rural.

Nuestros sindicatos parecen haber despertado a esta exigencia durante los severos enfrentamientos que han debido arrostrar en los últimos tiempos. La búsqueda de formas de organización que la satisfagan está en el centro de su preocupación actual. Es curioso que el mayor obstáculo para esta búsqueda provenga del mismo interior del sindicato: de aquellos dirigentes que se sienten ligados a una concepción verticalista de la organización, revestida de justificaciones unitaristas. Es curioso sobre todo porque cuando el control estuvo en sus manos esta línea poco o nada hizo para desarrollar la conciencia política liberada de los trabajadores. Sin lo cual cualquier revolución corre el riesgo de convertirse en una mera circulación de *élites*.

LAS INFLUENCIAS

Queda todavía por hacer una mención a un mecanismo de poder que ha demostrado muchas veces su eficacia, a pesar de su relativa informalidad: es el que se vale de la influencia personal.

En una sociedad donde las relaciones particularistas distan mucho de haber sido desplazadas por las de tipo universalista no puede extrañar la importancia de este factor, vigente todavía en sociedades mucho más cercanas al tipo ideal "moderno".

La influencia está en muchos casos apoyada sobre un conocimiento personal de los decisores, a quienes es posible pedir una consideración particular para los intereses representados por el gestor de turno. En otras ocasiones la influencia se vale del prestigio generalizado de quien interviene cerca de los poderes públicos, ligándose entonces muy estrechamente con los mecanismos legitimadores que hemos explicado antes. Queda, por fin, la capacidad técnica reconocida de los que ejercen influencia. Con frecuencia en estos casos la resolución que se reclama viene hasta redactada, facilitando la elaboración de la correspondiente decisión.

A pesar de la frecuencia e importancia de estas últimas formas, sigue siendo importante la capacidad de influencia de oscuros funcionarios, bien conocidos por los gestores de grupos de presión, cercanos a los hombres que deciden: el portero, el chofer, la secretaria...

LOS PROCESOS DE PRESION

Apoyados en las fuentes de poder que acabamos de examinar, los grupos de presión despliegan un impresionante arsenal de modos de acción, que con frecuencia recurren a más de una de las áreas de capacidad vistas. Las que señalamos, elegidas por interés típico, distan mucho de ser las únicas.

PERSUASION DIRECTA

Toda la tarea se abrevia cuando se consigue convencer a quienes deciden de las bondades de la decisión que se reclama, sin necesidad de movilizar armas de mayor costo y contundencia.

La forma típica de hacerlo es la elaboración de un informe, inevitablemente destinado a convertirse en expediente. Este simple hecho muestra la necesidad de acompañar el proceso de persuasión con influencias personales más inmediatas: por desgracia, los expedientes no acostumbran a desplazarse por sus propios medios en los meandros de nuestro trámite administrativo.

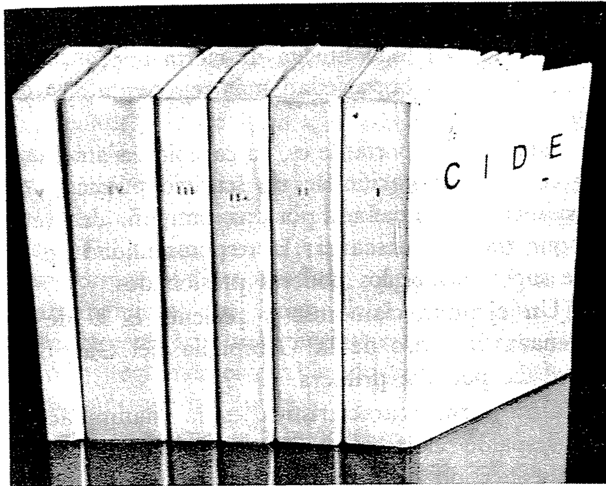


Foto: A. M. Persichetti.

Un informe lúcido, poco aplicado.

Es en estos casos donde la posesión de influencia personal juega un papel más importante en orden a la decisión. La naturaleza del proceso exige, sin embargo, una exposición técnicamente sólida de los fundamentos del proyecto.

En este punto se plantean dos problemas menores pero de cierto interés para entender el juego de los grupos de presión. Uno de ellos tiene que ver con la objetividad de las fundamentaciones. Es obvio que quienes las presentan tienen en mente la obtención de sus fines, y tenderán a seleccionar opiniones favorables (o, más simple y frecuentemente, a pagar a expertos dispuestos a elaborarlas *ad-hoc*). La objetividad no siempre queda muy bien parada, en consecuencia.

El otro problema tiene que ver con el lenguaje de los informes. Suele suceder que los tecnicismos utilizados desbordan en mucho la capacidad de comprensión de quienes deciden (lo cual no es de extrañar: los genios universales ya no andan sueltos). Pero se puede sospechar muchas veces que el pretendido lenguaje técnico no pasa de ser una jerga abstrusa *pour épater les gouvernants*. Más que convencer racionalmente, se trata de impresionar con el prestigio de todo lenguaje sonoro y oscuro.

PERSUASION INDIRECTA

Una segunda forma de acción describe un rodeo para persuadir a los decisores. No se dirige inmediatamente sobre ellos (aunque puede hacerlo al mismo tiempo), sino sobre la opinión pública, en cuyo poder de convicción se descansa.

La técnica es bien conocida. En su máximo desarrollo pone en juego un ataque a través de los medios de comunicación de mayor alcance, utilizando mensajes de contenido informativo relativamente bajo pero ricos en cambio en estímulos emocionales más o menos estereotipados. El estudio científico de las técnicas de manipulación de la opinión pública está muy desarrollado en general. Suele conocer fracasos, sin embargo, en nuestro medio. En efecto, la trasposición simple de mecanismos provenientes de distintas culturas no posee resultados seguros; y la investigación autóctona de la opinión pública suele tener un costo superior al producto que de ella puede extraerse. Todavía el "olfato publicitario" sigue siendo en esta materia la habilidad más destacada.

Es destacable la importancia que asumen los medios de comunicación masiva en este tipo de acción, al punto de disponer de un poder propio que no ha dejado de ser utilizado para el respaldo de los propios intereses. Las concesiones obtenidas del Estado por las empresas periodísticas son el mejor ejemplo de lo que venimos diciendo.

La contracara de este poder de los grupos de presión está configurada por la capacidad del poder político para devolver a los grupos de presión su

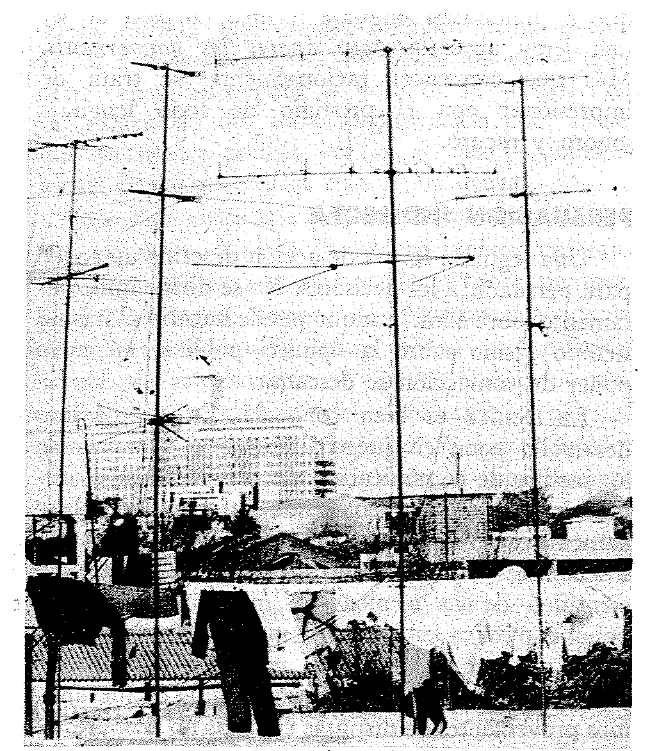


Foto: A. M. Persichetti.

El impacto de los medios de comunicación.

propia medicina. Esta posibilidad se da hasta el extremo cuando se implanta una censura rígida y se dirige enteramente la información, creando hasta donde es posible un campo informativo saturado y homogéneo.

AMENAZA

Cuando la persuasión y el simple manejo de la opinión no resultan suficientes, los grupos de presión pueden amenazar con medidas más radicales, aunque no estén necesariamente dispuestos a ponerlas en práctica.

Este recurso va normalmente incluido en la preparación de toda huelga de cierta importancia, pero no es ésta la variedad más representativa del tipo.

Una muy importante es, en cambio, la amenaza de cesar la prestación de un servicio público, generalmente acompañada por una campaña de prensa que trata de descargar la responsabilidad de lo que suceda sobre los poderes presionados.

Un ejemplo clamoroso y reciente es el de la amenaza de retiro de la Compañía del Gas, que no se da por vez primera.

Otra forma característica es la manipulación del respaldo electoral, abiertamente condicionada a la concesión de determinadas resoluciones. Esta forma de amenaza puede alcanzar estado público o permanecer velada: generalmente el primer camino es el escogido. Naturalmente este tipo de técnica es más eficaz en la cercanía de un acto eleccionario: es bien sabido que los años de comicios son los más favorables para obtener buenos resultados. Durante el resto de su mandato el político puede especular con la mala memoria del elector.

En algunos casos puede caber la duda acerca de la realidad de la amenaza. Puede muy bien suceder que ésta sirva para convencer a la opinión pública de la inevitabilidad de una decisión en sí misma poco o nada popular. Muchos aumentos de tarifas se han preparado mediante esta técnica.

ACCION DIRECTA

Los formas de acción directa son múltiples, y representan el ápice de la capacidad de presión de un grupo. Un caso interesante es el de las organizaciones gremiales que aconsejan la resistencia al pago de impuestos, no demasiado eficaz entre no-

sotros (probablemente porque la evasión de impuestos no necesita ser desencadenada por consejo gremial). Más frecuentes son las huelgas en todas sus variedades, tanto laborales como estudiantiles, o patronales.

Una modalidad de éxito facilitada por la complejidad del trámite administrativo es el llamado "trabajo a reglamento": la observancia estricta de las normas escritas conduce, curiosamente, al empantanamiento casi irremediable del trámite. Más curiosamente aun, más reveladoramente, trabajar según los reglamentos establecidos suele ser motivo de sanciones por las autoridades.

En ocasiones la acción directa asume formas más violentas, que pueden llegar a poner en riesgo la propia estabilidad de un gobierno. El grado de violencia que puede alcanzar un grupo de presión tiene, sin embargo, un límite: se trata siempre de presionar sobre el poder, no de asumirlo directamente. A partir de un cierto grado de intensidad la violencia desemboca inevitablemente en la acción política revolucionaria propiamente dicha. En la medida en que ese proceso es relativamente inconsciente, dado a manera de un progresivo recalentamiento de las relaciones sociales, las posibilidades de que el gobierno controle la situación y refuerce su poder crecen. No es frecuente que las revoluciones se den al azar: la única manera de que lleguen a término es por medio de una rigurosa preparación no sólo para desplazar un gobierno, sino para gobernar.

SOBRE ALGUNOS CASOS PARTICULARES

En general el funcionamiento de los grupos de presión es correlativo al de una democracia representativa. Fuera de este régimen sus posibilidades

Movilización de obreros de la carne, junio de 1969. Foto: Archivo "El País".





Foto: Archivo "El País".

José Ma. Bordaberry, ministro de Ganadería y Agricultura.

de influir efectivamente parecen desaparecer; por lo menos, cabe suponer que se dan bajo formas estructurales y con medios de acción diversos de los que hemos venido tratando.

La circuntancia política que vivimos no implica, al menos por ahora, una abolición completa de dicho régimen, pero sí, por lo menos, una severa transformación de las características con arreglo a las cuales ha venido funcionando. Es interesante preguntarse qué habrá de suceder con los grupos de presión bajo las nuevas condiciones. Exploraremos brevemente el problema tomando algunos ejemplos ilustrativos, sin pretensión alguna de cubrir exhaustivamente el campo.

GRUPOS DE LA CLASE (AYER) DOMINANTE

Las salidas que el actual gobierno ha creído oportuno ensayar han reducido a todos los grupos de presión a una situación crítica. Los que responden a la vieja clase dominante no son excepción: hemos visto hasta qué punto las clásicas armas de los rurales han mellado su filo y no consiguen hoy ni siquiera el pago de deudas reconocidas e ingentes. Las reservas anotadas por organizaciones del calibre de la Cámara de Comercio a la política gubernativa parecen haber sido echadas en saco roto por éste. Los verdaderos centros de poder se han desplazado: Roma no está ya en Roma.

La perspectiva que se abre para esta clase no es sin embargo completamente desalentadora, por lo menos a mediano plazo. La opción del gobierno responde por lo menos en un punto crucial a la propia ideología: la existencia de relaciones desigualitarias en el interior de la sociedad se considera como inevitable, del orden casi de la naturaleza inmutable de las cosas. Consiguientemente, siempre será necesaria una clase dirigente. Sus cuadros no se improvisan: cuando la casa haya sido puesta en orden, llegará el momento de ocuparla nuevamente. Los que han sido educados para mandar estarán sin duda entre los primeros llamados.

Los grupos de presión representativos de la clase que fue dirigente parecen haber comprendido muy bien esta situación. A través de las discrepancias, de las renuencias, de las rencillas mínimas y de las riñas espectaculares, no han retirado su apoyo al gobierno en un punto fundamental: su decisión de reordenar el funcionamiento de la economía. Algunos quedarán por el camino: la dialéctica de la muerte y el renacimiento es conocida de antiguo por las clases dominantes. Por las dudas algunos adelantados —más lúcidos o simplemente

más apurados— han apresurado su incorporación a la reducida *élite* de poder que promete ser el corazón de la próxima oligarquía. Pero esto ya tiene poco que ver con los grupos de presión.

¿RETORNO A LAS AULAS?

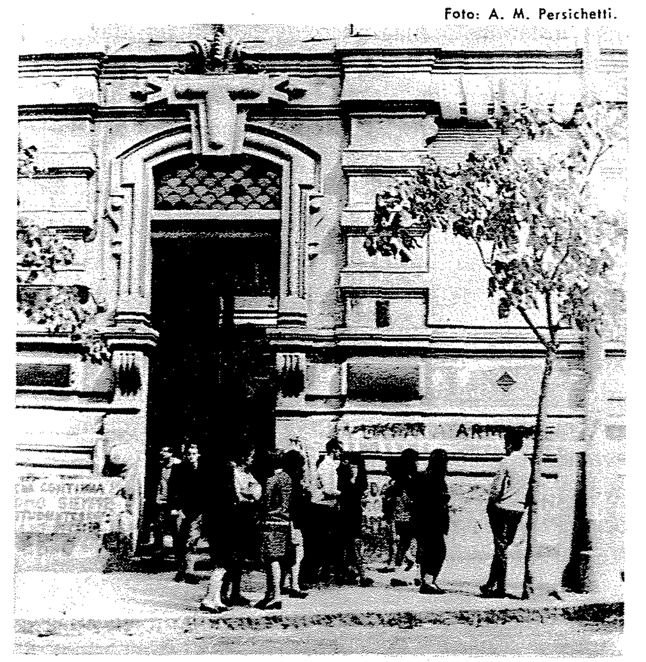
La rebeldía de los estudiantes es una vieja tradición uruguaya, bastante más antigua que sus formas recientes e internacionalizadas. Los gremios estudiantiles, como grupos de presión, han conocido batallas duras y victorias importantes. Han contribuido inclusive a despertar la conciencia pública frente a hechos políticos internos e internacionales, y han sido sin duda el ala más prestamente dispuesta a la lucha en el frente obrero-estudiantil que se ha estabilizado progresivamente junto con la crisis.

La culminación pareció llegada en 1968, con semejanzas formales y coincidencias cronológicas respecto de los avances del "Poder Estudiantil" en los países altamente desarrollados. El contenido de su movilización está bastante lejos, sin embargo, de aquellos publicitados ejemplos metropolitanos. Se trata de un problema estrictamente subdesarrollado: cómo romper las estructuras de dependencia en todos los órdenes, desde los métodos de enseñanza y la organización gremial hasta el país y su inserción en el sistema imperial. Desde que la importancia de la dependencia internacional como determinante ha sido asumida conscientemente, el corazón mismo de la lucha estudiantil radica en el antimperialismo. Es un antimperialismo cada día más lúcido, más rico: lo han hecho tal las circunstancias mismas. El movimiento juvenil tuvo alguna vez cierta dosis de alegre irresponsabilidad. Parecía que después de todo nada demasiado grave podía suceder: un poco de agua, de gas, algún palo, rara vez un castigo físico severo. Tal vez la negación de un pasaporte para el futuro, o un antecedente policial. Pero siempre quedaban muchas puertas abiertas. Era clásica la evolución desde el estudiante revolucionario al dirigente político más o menos conservador (el doctor Echegoyen puede decirlo con propiedad, tanto como los "jóvenes turcos") o por lo menos al profesional absorbido por el sistema e instalado para siempre en una pacífica burguesía.

Ahora muchas cosas han cambiado. En el año referido murieron tres estudiantes, unos cuantos más quedaron heridos gravemente, muchos viven bajo la amenaza continua de prisión policial. Ya saben en carne propia qué significa la tortura. El cambio de actitud ha sido extremadamente rápido: el activismo se ha convertido repentinamente en una

IAVA, la porfiada piedra en el zapato.

Foto: A. M. Persichetti.



tarea seria, definitivamente seria. Para los militantes más comprometidos parece haber pasado de pronto todo el tiempo: su juventud está clausurada, por lo menos si la juventud connota esa dosis de ligereza propia de la adolescencia.

Curiosamente los estudiantes han desaparecido casi enteramente de la calle.

A primera vista el gobierno ha logrado su objetivo pacificador: los estudiantes regresan a las aulas. Pero la conciencia va despierta, con ellos. Nuevas formas de acción se ensayan; la discusión de los problemas a nivel de las bases se hace más profunda y continua. La militancia gremial clásica está tal vez clausurada. En su lugar, el movimiento estudiantil va erigiendo nuevas formas de resistencia. Los viejos grupos de presión se salen cada día más de la categoría: cada día se sabe mejor que la verdadera guerra implica la toma del poder. El viejo aislamiento magnífico de la Universidad se va terminando. No pueden quedar regiones que no se transformen: la urgencia de estar en uno u otro lado del frente de batalla presiona agudamente.

La intervención en Enseñanza Secundaria y la respuesta que ha encontrado constituyen una nueva inflexión en el proceso. El desembozado autoritarismo de los interventores contribuye a radicalizar las posiciones estudiantiles. No sería de extrañar que, con la intención de "restablecer el orden" a cualquier precio, esta intervención prepare el ambiente ideal para el desarrollo de una revolución cultural cuyos actores serán los más jóvenes, los menos comprometidos con la vieja sociedad. Lo cierto es que el elaborado (y un poco estéril) intelectualismo del movimiento estudiantil va siendo reemplazado por la seriedad de una praxis mucho menos brillante, pero también más radical y creativa.





García Capurro y Fleitas: dos políticas de Cultura.

EL CASO DE LOS GUARDIANES

Alguna vez las Fuerzas Armadas y la policía han podido actuar con técnicas que se acercan a los grupos de presión, en procura de promover intereses propios. Puede ser que los límites de la categoría también se transgredan algún día por su parte: ya veremos algo de esto en el capítulo final. Pero lo que interesa por ahora es otra cosa.

El poder político necesita, en los momentos de crisis, apoyarse sobre un sólido aparato represivo. Es indispensable terminar con la oposición o reducirla a límites sujetos a control. Pero este aparato asegurador es capaz de adquirir un poder relativamente autónomo. Es más: lo adquiere casi inevitablemente, por exigencias de su propia dinámica interna. La represión debe quedar liberada de las presiones que se ejercen sobre el aparato político propiamente dicho. No siempre sus tareas son enteramente limpias; el secreto debe rodearlas, en lo esencial, tanto como sea posible. La situación es más grave todavía en un país dependiente como el nuestro: la interferencia de los servicios de seguridad metropolitanos es demasiado conocida como para insistir sobre ella.

Surge así la posibilidad de que los guardianes adopten el estilo de verdaderos grupos de presión. Por un lado se comunican directamente con los órganos de formación de la opinión pública, tratando de crear una imagen favorable de su acción y de sus hombres fundamentales. Por otro su indispensabilidad les da una posición de poder para exigir equipamiento y *status*.

Más allá de esta situación, es evidente que la capacidad de los sectores represores para configurar la visión de la realidad del gobierno es alta.

Se corre así el riesgo de que en algún momento la tarea de gobernar se parezca demasiado a un arte cinegético: la peligrosidad de este hecho no

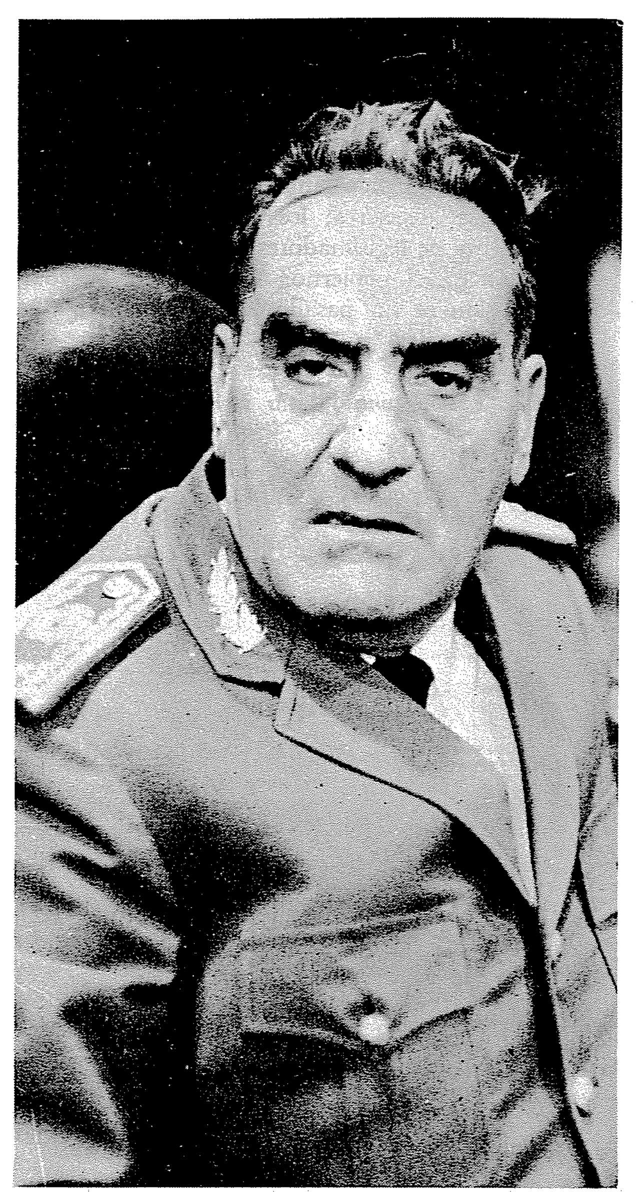


Foto: Archivo "El País".

Antonio Francese, ministro inamovible.

merece mayor justificación. Y todavía queda otro problema: la autonomía de acción de los organismos de represión pone frecuentemente a los políticos frente a hechos consumados que no tienen más remedio que justificar. El mecanismo decisorio se desplaza así peligrosamente: los ejecutores se convierten en decisores; los decisores quedan reducidos al *rol* de legitimadores secundarios. ¿Dónde está, entonces, el gobierno? Como suele suceder, de la presión se ha pasado lisa y llanamente al ejercicio del poder.

Monseñor Parteli: una Iglesia abierta.

Foto: Archivo "El País".



PROFETAS Y SACERDOTES

La Iglesia se ha vuelto problema en este Uruguay. Alguna vez actuó como típico grupo de presión para defender alguna exención impositiva o un margen de libertad de acción. Lo que hoy preocupa es que no parece actuar guiada por interés propio, sino como respaldo de intereses más generales. Los clérigos parecen dispuestos a salir una vez más del templo y la sacristía.

Lo que da relieve propio a este hecho es que la religión no parece seguir en la vieja línea de sostener el orden constituido. En sus filas han aparecido peligrosos fermentos de rebelión: "El Día" ha debido abdicar de su inveterado laicismo para preocuparse de la llamada infiltración marxista en la iglesia. No es el único caso, por cierto, pero es por lo menos el más pintoresco.

La explicación por medio de la infiltración no deja de ser ingenua. Que la esgriman quienes están fuera de la iglesia no es extraño: no tienen obligación alguna de estar enterados en profundidad. Pero que entre los propios católicos se recurra a esa sola explicación es bastante más grave. Se supone que ellos sí deberían conocer bien la cosa.

Max Weber ha introducido en el lenguaje sociológico una distinción clásica en el ámbito teológico, que parece ser apta para entender lo que en realidad sucede. Se trata del reconocimiento de dos formas de liderazgo, definidas sumariamente con los términos "sacerdotal" y "profético".

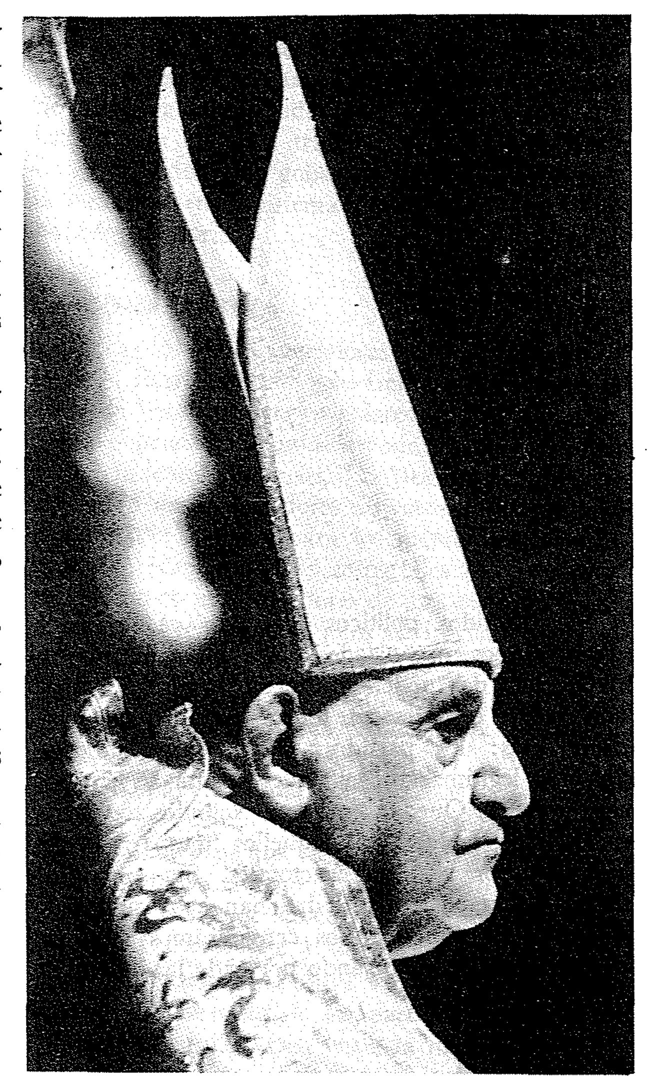
El *liderazgo sacerdotal* se ejerce por quienes poseen una autoridad formal, institucionalizada, y se orienta primordialmente a la conservación de la institución en cuanto tal. Ésta es la veta más explotada, ciertamente, por los sociólogos de la religión cuando destacan la función integradora de la religión en la sociedad. Puede reservar sorpresas, sin embargo, como veremos.

La otra cara está constituida, en esta dicotomía, por el *liderazgo profético*. Su función está definida por la inspiración, por el carisma: el líder profético es un lector de los tiempos, capaz de reinterpretar sobre la marcha el sentido y el lugar de la religión en la historia. De ahí que se constituya en el eje del cambio. Más todavía: es quien mantiene viva la conciencia de la limitación y la perfectibilidad de este mundo, de manera que su función de cambio desborda con frecuencia los límites eclesiales y recae sobre el mundo en torno.

El uso de esta simple distinción ahorraría muchos equívocos. Sobre todo si se tiene en cuenta que la condición profética y la sacerdotal no se dan necesariamente como excluyentes: el sacerdote (por su posición formal en la institución) puede también ser profeta. Un tal Giuseppe Roncalli, Papa Juan XXIII, lo ha mostrado.

La infiltración, que probablemente existe, es entonces un fenómeno secundario. La capacidad de presión hacia el cambio que la Iglesia (las Iglesias) puede desempeñar está ínsita en su propia naturaleza, y ha reaparecido, bajo las más variadas formas, en todos los grandes momentos de cambio. Una sola constante debe ser destacada: la orientación hacia valores. En esta época en que el lenguaje tecnológico sirve de excusa para los mayores dislates no cabe duda de que el simple recuerdo de algunos valores fundamentales tiene contenido revolucionario.

Es posible que la Iglesia conozca pronto los inconvenientes del profetismo: quienes lo han ejercido han sido casi siempre lapidados. Es curioso que la tentación de salir de la acción parapolítica a la política estricta puede llegar a ser soslayada en este caso. Tal vez no sea la institución misma la que adopte las posiciones políticas. Pero en sus fuentes pueden originarse algunas de las acciones más audaces, más originales, del cambio por venir.



Juan XXIII, pastor y profeta.

LOS PARTIDOS POLITICOS

Los partidos políticos han sido ya definidos como grupos organizados para la conquista y el ejercicio del poder institucionalizado. En sentido estricto es necesario, todavía, añadir una precisión más: los partidos existen en regímenes donde la legitimación del poder resulta de la elección popular. Quedan entonces excluidos todos los grupos que, orientados a aquellos fines, tratan de lograrlos por vías no electorales. Sin embargo, dado que en nuestra sociedad han aparecido movimientos de este tipo, los consideramos también en este capítulo, manejando por ende la definición con cierta latitud.

EL SISTEMA

Los politicólogos han estudiado atentamente un sistema de partidos que aparece como la forma ideal de las democracias representativas. En él dos partidos son los únicos que pueden realmente acceder al poder, respaldados por la mayoría del electorado. Oposición y gobierno se alternan en períodos relativamente breves. Las oportunidades se distribuyen así equilibradamente y los sectores mayoritarios de opinión pueden tener su oportunidad de gobernar y, cuando ella no se da, de controlar cercanamente a quienes gobiernan.

Al Uruguay moderno aparentaba faltarle únicamente la rotación para que el sistema estuviera completo. Desde 1958 el bipartidismo pareció por fin logrado. Los teorizadores de la democracia podían darse por satisfechos, y en realidad no fueron pocas las campanas que se echaron a vuelo cuando la trasmisión del mando se produjo.

Sin embargo, nuestro sistema no es bipartidista. Por la sencilla razón de que los dos partidos son muchos más: verdaderas coaliciones (o cooperativas) electorales, carecen del mínimo asomo de unidad interna que se mantenga luego del acto comicial.



Foto: Archivo S. O. D. R. E.

Su triunfo en 1958, ilusión bipartidista.

Estamos en realidad frente a un sistema *sui generis,* que desafía las clasificaciones acuñadas en otras situaciones sociales. Lo describiremos tomando sucesivamente cada uno de los rostros que asumen los partidos tradicionales, según se trate de ser elegidos o de gobernar. Luego analizaremos la inclusión en el sistema de los (bien) llamados partidos menores.

LA COOPERATIVA

Pocas cosas más angustiosas que la de encontrarse en el cuarto secreto, solo frente a un rimero de listas de los más diversos colores (y, últimamente, a las papeletas de un referéndum constitucional, para aumentar el mareo). Afortunadamente la sagacidad de los cazadores de votos ha encontrado una amable solución para los menos dotados por la madre Natura: la de entregarles de antemano, en el *clú* o en los alrededores de una mesa electoral, el paquete preparado ya para ser introducido en el sobre.

Es que los dos partidos funcionan de acuerdo con su realidad intrínseca, es decir como muchos partidos: los lemas se dividen en sublemas, y éstos en una variopinta colección de listas. Luego las listas se acumulan en los sublemas y éstos en los lemas. Alguien que sufragó por el hoy bastante opositor Michelini vino a dar un voto al general Gestido, que es como haberlo dado al hoy presidente Pacheco. Curiosidades de la lotería electoral.

Este raro sistema cumple varias funciones. Desde el punto de vista de los partidos asegura que los votos no se dispersen entre la multiplicidad de candidatos distintos y de promesas electorales divergentes. La atomización real se supera, así, cumplida y elegantemente.

Respecto a la sociedad el sistema es también doblemente integrador. Por un lado el simple hecho




Michelini y Gestido: los vasos comunicantes del sistema electoral. Foto: Archivo "El País".

de haber depositado el voto hace de cada uno apoyo participante (o cómplice) de los que usarán el poder, y éste queda plenamente legitimado. Por otro la inmensa diversidad de opiniones que pueden darse en la sociedad es reconducida a dos grandes cauces: todos pueden votar un candidato y un promesario coherente con sus valores, aunque no lo sean tanto respecto a los demás compañeros de su propio lema. La posibilidad de que algunos se sientan tentados de alejarse del sistema político establecido se reduce entonces en alto grado.

La cooperativa aumenta su eficacia con la ayuda de la red de *cluses,* baluarte de civismo que cubren el entero territorio. Es en ellos que se realizan las transacciones de todos conocidas pero igualmente mal afamadas: el canje del voto por el puestito, por el ascenso, por el traslado, por la jubilación, por... Nuestra democracia reposa, por desgracia, sobre un sistema muy antiguo: el de la clientela.

LA HORA DEL REPARTO

Llegado el momento de gobernar la unidad cooperaria electoral se deshace. Los compromisos asumidos por cada sector con sus votantes son, en efecto, incompatibles por todos los socios cooperarios. Encuentran homólogos, sin embargo, en sectores del otro gran partido. Y lo que sucede con los votantes se da también con los grupos de interés agazapados detrás de cada lista. Cuando a gobernar llaman las fuerzas deben recomponerse. La distribución de favores comienza por los minis-

terios, sigue por los directorios de los entes, desciende copiosamente por vía jerárquica hasta llegar al último de los correligionarios. La política del pacto y el reparto continúa a lo largo del período, especialmente cada vez que una iniciativa requiere reunir votos parlamentarios renuentes (o dispuestos, siempre que se dé con el precio).

De esta manera la política gubernativa resulta extremadamente sensible a las mutantes exigencias del cuerpo social. Ahora se puede comprender mejor el punto preciso de inserción de los grupos de presión en el sistema político: cada uno tiene la oportunidad de encontrar algún gobernante, algún ministro, algún legislador, dispuesto a escuchar sus sugerencias. Como se hace a nivel electoral con los votantes individualmente considerados, se integra así la presión proveniente de los grupos de interés de la sociedad entera.

Pero ¿son éstos reales partidos? ¿Puede sobrevivir largamente un sistema así? La experiencia parece demostrar lo contrario, y ya lo hemos dicho bastante como para no reiterarnos una vez más.

LOS HIJOS DE LA ESPERANZA

Unos pocos partidos menores, con pocas probabilidades de llegar al poder mientras el sistema funcione, completan el cuadro. Han nacido sea por razones circunstanciales (la Unión Cívica, generadora luego de un proceso de enriquecimiento político de los actuales PDC y MCC) o al servicio de ideologías nítidamente perfiladas (el Socialismo, el Partido Comunista).

Objetivamente cualquiera de estas fuerzas estaba desvalida de toda posibilidad de alcanzar el poder. En el mejor de los casos podían, circunstancialmente, constituirse en minorías decisivas, o por lo menos dar entrada en las Cámaras a posiciones políticas nuevas, alguna vez influyentes en los caminos seguidos por las reales mayorías.

Subjetivamente, en cambio, la aspiración al poder no los dejó nunca o casi nunca. La excepción tal vez haya sido, en algunos momentos y en el pensamiento de alguno de sus hombres, la Unión Cívica, resignada a representar una posición católica en la vida política aunque sin ilusión alguna de llegar algún día a conducirla. El PDC, su hijo mayor, ha nacido bajo el signo de los éxitos democristianos en Europa y en particular en Chile, y sobre esa esperanza cabalgó intrépida aunque no muy exitosamente. El socialismo, a su vez escindido, ha perdido su representación parlamentaria, y sus herederos más activos ensayan otros caminos. El PC, en cambio, aspira todavía a reunir a la izquierda para una revolución electoral, alentado por los avances no demasiado significativos del Frente Izquierda. La izquierda a secas no parece ser unánime en esta esperanza. Por lo menos no son pocos quienes han jugado todo a una salida no precisamente comicial.

LAS IDEOLOGIAS

Una cuestión largamente debatida es la de si los partidos tradicionales poseen o no ideologías propias, que los diferencien entre sí. Si se toman cada uno en su conjunto, con las características estructurales que recién hemos expuesto, la respuesta parece ser inevitablemente negativa. Pero no es tan sencillo si nos atenemos a sectores que, en momentos determinados, asumen una conducta política relativamente coherente y de largo alcance.

La cuestión ha sido examinada ya en esta misma colección por Jesús Guiral, con resultados negativos (*Ideologías Políticas y Filosofía en el Uruguay*, NUESTRA TIERRA 9, Montevideo, 1969). Lo retomaremos por nuestra parte, para llegar a conclusiones en cierta medida divergentes.



Foto: Archivo S. O. D. R. E.

Domingo Ordoñana, ideólogo de Latorre.

Aceptamos el punto de partida: la definición proporcionada por Guiral, en dos niveles sucesivos: "Las ideologías se caracterizan por *aparecer* como sistema de conjuntos de proposiciones (. . .) dirigidas a la acción. Pero son, en realidad, ocultamientos multiformes de la estructura-base, que brotan *necesariamente* de todo proceso social" (op. cit. pp. 9 y 11).

Dada la definición sería inútil o poco menos preguntarse si los partidos tradicionales tienen ideología. El verdadero problema consiste en saber si son tributarios de una misma o poseen en cambio ideologías diferenciales.

La cuestión crucial, a nuestro juicio, es la de si la configuración de la base material (lo velado por la ideología y su fuente última, al mismo tiempo) que postula un determinado sector político es o no distinta de la defendida por otro. En este punto comienza nuestro desacuerdo con Guiral. Una ideología política no es simplemente la justificación de un sistema político (que es al fin y al cabo una dimensión superestructural de la sociedad), sino primeramente del sistema productivo. Distintos sistemas productivos pueden quedar revestidos por surperestructuras políticas nominalmente iguales: la democracia puede ser invocada para sostener formas distintas de organización económica, aunque sus formas reales hayan de adaptarse en cada caso a exigencias particulares. Estudiar las ideologías, por lo tanto, como entidades en sí, confiar en su forma verbalizada, dejar de lado su conexión con modos de producción concretos que constituyen su base, es renunciar de antemano a entenderlas.

Desde el punto de vista que asumimos, han existido realmente, y existen, ideologías diferenciadas en los partidos políticos tradicionales. La divisoria no pasa, es cierto, por el límite de los grandes partidos: cada ideología es sostenida primordialmente por algún sector de uno de los partidos, y no es difícil que algún sector del otro coincida con él.

Un primer ejemplo que puede aducirse es el del batllismo, por lo menos con toda seguridad durante la vida de su fundador. Como hemos mostrado en otro lugar de este trabajo, el modelo batllista apuntaba a construir un Uruguay indus-

trializado, sobre cuya base se esperaba del sistema democrático la superación de la lucha de clases. Lo que quedaba realmente ocultado en el modelo era el hecho —infraestructural— de que el modo de producción postulado llevaba consigo la contradicción entre la praxis productiva —socializada— y las emergentes relaciones de poder —ligadas a un modelo decisorio desigualitario—.

Dialécticamente se produjo la polarización del nacionalismo —por lo menos del que fue acaudillado por Luis Alberto de Herrera— hacia una ideología ruralista, tomada de la vieja Asociación Rural y de sus retoños. La base material subyacente era bien diversa: la de la estancia empresarial nacida a fines del siglo XIX como modo de producción dominante.

El modelo ideológico batllista apuntaba, al fin de cuentas, a crear las condiciones de un desarrollo económico independiente; el herrerista al mantenimiento de la dependencia dentro del sistema imperial británico. Curiosamente, el batllismo no tenía empacho en mostrar modelos foráneos (como hoy diríamos), mientras que el herrerismo recurría a la veta tradicionalista. Un buen caso para analizar la diferencia entre autonomía y autoctonía que hemos postulado en el primer capítulo.

En los días que corren es casi un lugar común atribuir a quienes dirigen la política de gobierno la ideología de la oligarquía tradicional. Hemos sugerido ya que en realidad está en marcha un verdadero cambio estructural (cuyo sentido es harina de otro costal, y nadie tiene por qué compartir). Y la ideología de este grupo, que parece haber hecho suya el sector quincista del batllismo, no es por cierto la tradicional, ninguna de las tradicionales. Sus parentescos han de buscarse más bien en los modelos que nos obsequia la metrópoli norteamericana: no es mirando hacia atrás en nuestra historia que los encontraremos. Es probable que la declaración periodística de un cercano asesor del presidente sea algo más que un chiste: si por socialismo entendemos la dirección activa de la economía por el Estado, nuestro país está entrando aceleradamente en el socialismo. Un socialismo sin participación popular en las decisiones ni en la plusvalía, por cierto. Pero ya las socialdemocracias

J. Irureta Goyena, ideólogo contra Batlle.





Héctor Giorgi, el nuevo ideólogo.

han avanzado mucho en ese camino como para que pueda extrañarnos demasiado este avatar.

Justamente hemos tocado algo que es común a todas las formas ideológicas de conciencia que hemos mencionado: la aceptación (interesada) de que en la sociedad deben existir inevitablemente quienes manden y quienes sean mandados. Este rasgo común puede conducir a confusión: cada movimiento liberador se siente naturalmente continuador, heredero de los que en el mundo lo han precedido, y puede sentir por lo mismo la tentación de atribuir continuidad o simplemente identidad a los grupos y a las ideologías desigualitarias, en especial si todas incluyen algún postulado de tipo democrático formal. Pero si esto fuera correcto habría una sola ideología en toda la historia de la humanidad: la del amo y el esclavo. Porque su contradictora implicaría, en plenitud, la ruptura de esa dialéctica de dominación y dependencia. Y en una sociedad liberada no sería necesario el ocultamiento, ni la ideología. Puede ser interesante explorar esa posibilidad, pero tememos que, de aceptarla, sería bastante poco útil, en el análisis de sociedades concretas, hablar de ideología, tratar de descubrir ideologías, de dar cuenta de ellas. En la gran panideología todos los gatos serían pardos, las distinciones serían innecesarias o impracticables.

LOS OTROS

Estamos ya casi al final de este capítulo, y el lector puede sentirse un poco defraudado: ¿es sólo esto lo que puede decirse de los partidos políticos? En realidad el tema daría para mucho mayor desarrollo. El autor podría aducir en su descargo que el tema es bastante conocido y es posible limitarse a tratar de él sólo algunos puntos muy esenciales o muy contenidos —ambas cosas se han hecho—. Pero lo que realmente lo mueve a prescindir de mayores desarrollos sobre el tema es la escasa importancia que los partidos tienen, hoy por hoy, en la escena política nacional. Importa darse cuenta que su movilización con vistas a las próximas elecciones tiene mucho de mascarada de carnaval para distracción popular. Las posiciones clave del poder no están ya en los partidos, reducidos al triste papel de mantener las apariencias de una democracia vacía de contenido real. No está en los partidos la alternativa al poder instalado en el Ejecutivo; otros son los verdaderos opositores.

Hay otros, sí. No es mucho lo que podemos decir de ellos: no es ésta la mejor circunstancia para hablar sin inhibiciones. Y aunque no las tuviéramos, seguiríamos a medias noticias: su modo de acción los convierte en una suerte de presencia real, pero misteriosa. Conocemos, porque lo han dicho, cuál es su meta: construir un socialismo nacional en el Uruguay. Pero, como suele suceder con las revelaciones, tenemos más el nombre que la cosa. Para conocerla realmente tendríamos que experimentarla, y todavía no están cumplidos los tiempos. Conocemos también, con mayor detalle, el camino propuesto para llegar a la tierra prometida, y lo conocemos porque es perfectamente público: la insurgencia armada. Hemos dicho ya que aquí está la única oposición manifiesta al gobierno. Porque la cuestión disputada es la orientación a dar a un cambio que, inexorablemente, ha de venir. Sólo quienes están activamente en la tarea de dirigirlo siguen en batalla. Los otros, los nostalgicos de cualquier retorno, ya han quedado a la vera del camino. A su izquierda o a su derecha.

Rodney Arismendi, líder comunista.





Juan P. Terra, líder democristiano.

Se puede compartir la meta de los grupos de acción directa o rechazarla. Se puede estar de acuerdo o no con sus métodos, por razones de principios o por discrepancia táctica. Pero hay algo, por lo menos, que deberíamos reconocerles: el haber planteado el problema del Uruguay radicalmente. Es decir, de raíz, llegando al fondo de la cuestión.

Porque, aunque haya interesados en lo que creamos, lo que este país conmovido tiene por delante no es un problema meramente técnico. Los técnicos y sus técnicas serán necesarios en cualquier

hipótesis, y todos les quedaremos agradecidos. Pero el problema más hondo atañe a los valores fundamentales de esta sociedad. Se nos ha querido convencer —y esto sí que es una ideología foránea— de la muerte de las ideologías, reemplazadas ya por una nueva raza de políticos-tecnólogos que, si los dejamos, habrán de resolver todos los problemas que todavía aquejan a esta sociedad democrática, la mejor de las sociedades posibles. Nos permitiremos en este punto una cita un poco extensa, porque dice perfectamente bien lo que queremos decir y porque sus autores no pueden ser acusados precisamente de ser comunistas o compañeros de ruta: "El hombre es una entidad potencial, y su voluntad o habilidad para tomar la vida por el cuello, por así decir, y obligarla a servir a sus necesidades, es una medida de su libertad. La libertad, en síntesis, excluye la complacencia que descansa sobre los logros pasados o presentes y nutre la ilusión de haber alcanzado ya el mejor de los mundos posibles, en el que el progreso es por definición imposible, en cualquiera de su acepciones significativas. Si el hombre, viviendo como lo hace en un mundo altamente imperfecto, no está determinado sólo por su pasado sino que no es más que un ser potencial en términos de su futuro inminente, entonces el compromiso es un requisito para la realización de su libertad y, consecuentemente, de su futuro. Y si la prédica por una democracia moderna se basa en el fin de las ideologías, es decir, en el fin del compromiso, se niega a sí misma y se convierte en la propia negación de la libertad. Si la democracia moderna conserva todavía algún compromiso, éste es, en realidad, el falso compromiso hacia sí misma —el compromiso hacia la aprobación narcisista de sí misma tal como es, en toda su reluciente perfección—, con el resultado final de que se aparta de los problemas del mundo circundante para admirarse indolentemente en un espejo, preocupándose de vez en cuando por eliminar el granito ocasional que estropea su belleza." (S. W. Rousseas y J. Farganis: "La política norteamericana y el fin de las ideologías", en: I. L. Horowitz, comp.; *La nueva sociología*, Amorrortu, Buenos Aires, 1969. T. II, p. 49).

De toda autocomplacencia ha venido a rescatarnos esta lucha "contra los fundamentos mismos de nuestro régimen democrático republicano", como gusta decirse. Es que tal régimen no es ya el paraíso: ninguno lo será nunca. Creerlo es, simplemente, abdicar de nuestra libertad.

CONSTITUCION DE LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

SECCION I

DE LA NACION Y SU SOBERANIA

CAPITULO I

Artículo 1º— La República Oriental del Uruguay es la asociación política de todos los habitantes comprendidos dentro de su territorio.

Artículo 2º— Ella es y será para siempre libre e independiente de todo poder extranjero.

Artículo 3º— Jamás será el patrimonio de personas ni de familia alguna.

CAPITULO II

Artículo 4º— La soberanía en toda su plenitud existe radicalmente en la Nación, a la que compete el derecho exclusivo de establecer sus leyes, del modo que más adelante se expresará.

CAPITULO III

Artículo 5º— Todos los cultos religiosos son libres en el Uruguay. El Estado no sostiene religión alguna. Reconoce a la Iglesia Católica el dominio de todos los templos que hayan sido total o parcialmente construídos con fondos del Erario Nacional, exceptuándose sólo las capillas destinadas al servicio de asilos, hospitales, cárceles u otros establecimientos públicos. Declara, asimismo, exentos de toda clase de impuestos a los templos consagrados al culto de las diversas religiones.

El marco de nuestra vida política.

LO QUE VENDRA

No quedaría cumplida esta explicación de las relaciones entre política y sociedad en el Uruguay sin una referencia al probable futuro inmediato. No nos interesa demasiado predecirlo, sino contribuir a producirlo: la tarea que nos da el presente no es especulativa, sino práctica. No estamos en una de esas épocas tranquilas que parecen invitar a la contemplación del orden, sino en un momento de inevitable cambio. Comencemos, pues, por precisar las dimensiones sobre las cuales habrá de desplegarse el cambio, para luego aventurarnos en un análisis de su probables caminos.

LAS REVOLUCIONES NECESARIAS

Creemos que todavía es posible, en el Uruguay, cambiar algo para que todo quede como está. Un "algo" bastante importante, pero suficiente en todo caso para rescatar el "todo": una sociedad desigualitaria donde siga siendo posible para algunos pocos desarrollarse a expensas de otros muchos. Pero la hondura de la crisis es tal que nos encontramos enfrentados a uno de esos desafíos radicales a partir de los cuales es posible abrir caminos en dirección a una sociedad solidaria. Nos interesa, precisamente, avanzar en esta dirección definidamente *revolucionaria*. Precisemos, entonces, de qué revolución (o de cuáles revoluciones) se trata. Y cuáles son los probables caminos desviantes, por donde todo puede perderse insensiblemente.

REVOLUCION NACIONAL

Es inevitable que este país se encuentre, a cada recodo de su curso histórico, de cara a la cuestión nacional todavía indecisa. Es que la nacionalidad *oriental* es portadora de una dialecticidad que implica la superación en el cumplimiento mismo de sus exigencias internas. El "pueblo reunido y armado" de la época artiguista tenía conciencia de esa dialecticidad: la de una patria chica consciente

de sí y dispuesta a realizar la plenitud de su destino en una querida y responsable integración a la Patria Grande. Abandonada a la independencia, sólo pudo salir del marasmo por la incorporación al Imperio Británico: así comenzó el paréntesis "uruguayo" de nuestra historia. Paréntesis signado por la ilusión de una independencia formal, desmentida en los hechos por una profunda, alienadora dependencia estructural. La hora de la ilusión ha terminado. Ahora nos queda una opción radical por delante: o nos aceptamos dependientes, objeto pasivo y marginal de una historia cuyos agonistas no somos nosotros, o asumimos nuestra esencial dialecticidad nacional, conquistando nuestro lugar en el espacio de una Patria Grande cuyas fronteras no han dejado de ensancharse durante el último siglo.

Lo que contribuye a oscurecer la opción es el hecho de que por cualquiera de sus términos vamos a parar a la integración regional. Los intereses del imperio de turno exigen también ampliación de los espacios económicos, para cuya escala actual no ha sido dimensionado nuestro Estado-tapón. Conexiones viales y energéticas, planes de vasto alcance como el de la Laguna Merín, ciertos mimetismos de conducta y lenguaje políticos van en esta dirección. Semejante integración supone una doble dependencia: respecto a los países con quienes nos "interconectamos", primero; más allá y a través de ellos, respecto a los programadores de la política de los Estados Unidos para América Latina. La integración según este modelo es, en efecto, incorporación cabal al imperio yanqui. Sus planes existen, son claros y están en vías de ejecución: prioridad a la producción de carne sobre la de lana, desarrollo de explotaciones agrícolas en gran escala (arroz, caña de azúcar, tabaco, citrus...), desarrollo de la pesca, instalación de industrias ligadas inmediatamente a los rubros antedichos,



Rockefeller, emisario de los monopolios.

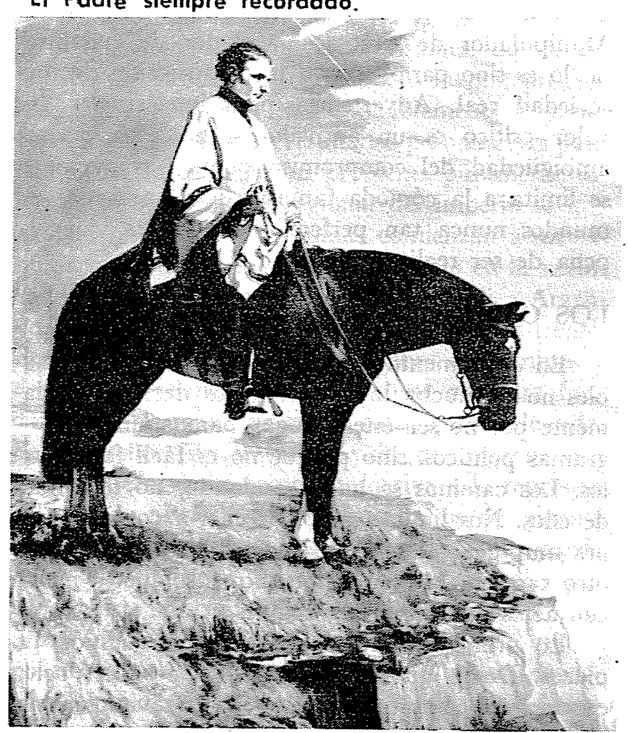
estímulo al turismo, expansión y modernización del puerto de Montevideo para servicio de la región, concentración de la banca y extensión de sus servicios a un área geográfica más allá de fronteras. Y, en todo y por sobre todo, *desnacionalización* rigurosa.

La ruptura con este proyecto de desarrollo entreguista conduce a una revolución nacional, cuyos caminos concretos estamos lejos de haber definido operativamente. Lo que sí sabemos es que el Uruguay no puede darse el lujo de hacerla de fronteras adentro: sólo puede encontrar su destino ensanchándolo hasta los límites del destino común de América Latina. Y no es imposible que esta integración alienadora pueda preparar, a pesar de las (malas) intenciones que la inspiran, el escenario para la revolución nacional latinoamericana que nos espera.

REVOLUCION SOCIAL

La dependencia nacional es el único problema que se nos presenta, aunque sea tal vez el que tiene prioridad absoluta en orden a la búsqueda de soluciones. En realidad, la dependencia externa se apoya sobre estructuras internas de dominación; el dominio internacional de los monopolios se articula con el dominio interno de las oligarquías bifrontes, sometedoras del propio país en el acto mismo de someterse a los poderes externos. Entre estas dos dependencias la relación no es biunívoca: la revolución social exige llegar a la revolución nacional, pero ésta puede llegar a realizarse, hasta cierto punto, sin que se dé la primera.

El Padre siempre recordado.



Tal sería el caso, por ejemplo, de un nacionalismo al gusto de la extrema derecha, indivisamente "antimperialista" y "anticomunista". Es cierto que esta posibilidad difícilmente se realice en estado puro, salvo en las efusiones verbales de algunas sectas proclives al más riguroso fascismo. No en balde la mentalidad autoritaria lleva consigo una dosis de sumisión neurótica capaz de aflorar en cuanto las relaciones de poder se vuelven desventajosas. Pero esta posibilidad no deja de estar presente, con todos los matices que se quiera introducir, en los movimientos militares de tipo "nasserista" que hacen concebir esperanzas a las izquierdas impotentes de América Latina. Necio sería negar todo valor a movimientos como el reciente peruano y, en menor y más equívico medida, el boliviano. En tanto se avance por ellos hacia la liberación nacional, bienvenidos sean. Pero es importante no perder de vista que la tarea no termina allí, con la mediación de los mesías uniformados. La construcción de una democracia real (no de sus burguesas réplicas parlamentarias, en buena hora aventadas) sigue esperando su momento, que no llegará solo, por la magia de las "condiciones objetivas".

Otro desvío, todavía, es posible, y éste sin que se supere ninguna dependencia. La resistencia popular se ha alimentado con la dureza de las condiciones económicas que han golpeado un poco o mucho a todos. La primera réplica de la nueva *élite* ha sido la represión, casi a manera de un reflejo defensivo. Pero la represión no ha conseguido más que radicalizar la politización y perfeccionar la organización subterránea del movimiento popular. Si la escalada continúa en iguales términos por ambas partes, la vietnamización de la región parece inevitable a corto plazo. Pero el imperio ha aprendido, por dura experiencia, que ese tipo de guerras coloniales es un pésimo negocio, y ya se

advierten los síntomas de un cambio estratégico. Se apuntaría ahora a lograr un desarrollo regional capaz de mejorar la dura situación económica, y a una política de guante blanco que reconstruya la democracia formal, democracia convenientemente domesticada al gusto de las monopolios. Será interesante ver qué reajustes habrá de hacer el movimento popular para no ser absorbido en la maniobra. La creatividad política sería en tal caso más que nunca necesaria.

REVOLUCION CULTURAL

La cultura—"ese complejo conjunto que incluye conocimientos, creencias, artes, costumbres, leyes, usos y cualquier otra actitud o hábito adquiridos por el hombre como miembro de la sociedad", según la octogenaria definición de TYLOR— posee una contradictoria significación humana. Por un lado, es a partir de lo que esta herencia social le proporciona que cada individuo llega al nivel propiamente humano de conducta. Por otro, la cultura no es otra cosa que un producto del hacer humano, y la aceptación pasiva de una herencia cultural cosificada es la esencia misma de la alienación. Cuando los utopistas imaginan sociedades perfectas, donde todos pueden ser felices hasta la saciedad, donde no haya más ocasión de conflicto, ni siquiera de discrepancia, no hacen otra cosa que proclamar la abolición de la historia y, con ella, la extinción del hombre. Porque la historia no es simplemente un proceso que se da en la especie humana, sino una tarea siempre abierta cuyo actor es el hombre en tanto que creador crítico de su propia cultura.

Sin llegar a tanto, hay quienes nos programan un "reino de material plástico... un mundo satisfactorio para gentes razonables", como diría Cortázar. Una sociedad donde podamos estar módicamente conformes, rodeados de bienes gratificadores, protegidos por las "evidencias" de una cultura masiva sin fisuras, asistidos en caso de necesidad por los guardianes que nos preserven de algún desajustado que quiera perturbarnos el ensueño.

Contra este mundo es que debe levantarse la más radical de las revoluciones, que implica inevitablemente a las otras aunque no quede implicada necesariamente por ellas. Un revolucionario, desde este punto de vista, es un molesto individuo que no cree del todo en ninguno de los órdenes establecidos y pretende someterlos a todos al juicio de la historicidad. Un creador de mundos siempre perfectibles, pero *reales*. Y aquí está la diferencia entre el revolucionario y el evadido: en que su imaginación creadora está al servicio de una praxis. Manipulador de símbolos, violador de palabras, no lo es sino para servir a la construcción de una sociedad real. Advertencia para intelectuales: su valor crítico es un antivalor si no pasa por la ambigüedad del compromiso político concreto, si se limita a la cómoda fantasía del imaginador de mundos nunca tan perfectos como para valer la pena de ser realizados.

LOS CAMINOS

En el momento de hablar de los caminos posibles no es mucho lo que podemos decir. No solamente por no ser éste el lugar para enunciar programas políticos, sino porque no es fácil formularlos. Los caminos se hacen andando, no hablando de ellos. Nos limitaremos, por ello, a consideraciones muy generales, dejando a otros encuentros, en otro terreno, las definiciones que se dicen mejor con actos que con declaraciones.

Lo primero que importa es una cuestión de plazos. Desde que la violencia se nos ha vuelto experiencia cotidiana, pareciera que vivimos en la inminencia del acontecimiento final: la "liquida-

ción de los sediciosos por gracia de un gobierno al fin fuerte" o "la toma del poder que nos lleve de una buena vez a la sociedad justa y libre". A gusto del consumidor.

Semejante inmediatismo es una perversa ilusión, capaz de esterilizar los más generosos entusiasmos. La lucha que nos espera es larga, y ni siquiera parecerá lucha en algunos momentos. En particular, el conflicto armado no es la garantía de una salida óptima en poco tiempo. No se saldrá de esta sociedad por gracia de una muerte súbita, sino por un prolongado esfuerzo que exigirá al mismo tiempo claridad en las metas y flexibilidad en las opciones tácticas; no hay recetas mágicas omnivalentes y de antemano garantizadas.

Estamos probablemente en vísperas de un recodo que obligará a muchas revisiones. La vía represiva del gobierno "fuerte" pero inepto, precisamente por inflexible, está probablemente a punto de agotarse, sin buenos resultados permanentes para nadie. No se trata de un problema puramente interno: es la estrategia regional del imperio lo que está en revisión. Los síntomas comienzan a ser visibles, tanto de fronteras adentro como en la vecindad. El cambio de guardia en la República Argentina es algo más que un pasajero malestar castrense, sin otra repercusión que un cambio de hombres y de nombres. Señala en cambio una apertura fundamental: la mano de hierro calza guante de seda, el desarrollo (sin historia) y la democracia (sin pueblo) se acercan como alternativa a la represión descarnada. Brasil sigue dando pasos de gigante hacia una transformación económica que puede hacer innecesario el uso de torturas, sin dejar por ello abierto el camino de la liberación. La conquista de la Amazonia, recién anunciada, puede aportar cambios incalculables en el mapa económico y político no ya del país norteño, sino del continente entero. Entre nosotros, la desescalada también da señales de existencia. La distensión permite augurar la realización de elecciones en la fecha prevista, y ya su preparación comienza a distraer la atención de los políticos y de su público. Algún adelantito del "despegue para el desarrollo" puede llegar en cualquier momento para mejor vestir el paquete.

El mismo paquete, después de todo: el de la adaptación a las condiciones del Imperio. No es el momento para dejar la lucha, aunque no faltarán "izquierdas" que confundan el viraje táctico de los que mandan con una "victoria popular" y sigan frenando toda acción positiva a la espera de que las "condiciones objetivas" maduren solas. Más que nunca será necesario hacerlas madurar.

El eje de la tarea está dado por la crítica consciente de las "evidencias" que el "Nuevo Trato" habrá de obsequiarnos. Es preciso desmentir la presunta imposibilidad de una sociedad nueva: la "concientización", si se entiende como desarrollo de una conciencia crítica en el pueblo, es ya una etapa de la praxis liberadora. Pero vale la pena observar que han hecho más por esa concientización los que dieron su vida sin cálculo, en una apuesta generosa a todo o nada, que un centenar de editoriales o una colección de libros más o menos sesudos.

No se trata, sin embargo, de vender ilusiones, Es preciso construir organizaciones de base profesional y territorial, que encuentren finalmente su expresión política en un partido que, si no fuera por temor a equívocos politiqueros, no dudaríamos en llamar nacional. Y que no habrá de tener por única perspectiva la electoral, que no es por cierto la única posible. Son muchos las cominos que conducen a la historia. A la historia verdadera del hombre decimos, a la que todavía no ha terminado de nacer: la que los hombres hagan hombro con hombro, no encima o debajo de otros.

BIBLIOGRAFIA

ARES PONS, Roberto: **La intelligentsia uruguaya y otros ensayos.** Banda Oriental, Montevideo, 1968; **Uruguay: ¿Provincia o Nación?** Coyoacán, Buenos Aires, 1961. Nuevo Mundo, Montevideo, 1967.

BARRÁN, J. P. / NAHUM, B.: **Historia Rural del Uruguay Moderno (1851-1885).** Banda Oriental, Montevideo, 1967.

BENVENUTO, Luis Carlos: **Breve historia del Uruguay.** Arca, Montevideo, 1967; **La quiebra del modelo.** Enciclopedia Uruguaya Nº 48, Editores Reunidos, Montevideo, 1969.

BRUSCHERA, Oscar: **Divisas y partidos.** Enciclopedia Uruguaya Nº 17, Editores Reunidos, Montevideo, 1968; **Los partidos tradicionales y la evolución institucional del Uruguay.** Ed. Río de la Plata, Montevideo, 1962.

D'ELIA, Germán: **El movimiento sindical.** NUESTRA TIERRA Nº 4, Nuestra Tierra, Montevideo, 1969.

ERRANDONEA, Alfredo/COSTÁBILE, Daniel: **Sindicato y sociedad en el Uruguay.** Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo, 1969.

FAROPPA, Luis A.: **El desarrollo económico del Uruguay.** CECEA, Montevideo, 1965; **Industrialización y dependencia económica.** Enciclopedia Uruguaya Nº 46, Editores Reunidos, Montevideo, 1969; **La crisis económica.** Enciclopedia Uruguaya Nº 55, Editores Reunidos, Montevideo, 1969.

GUIRAL, Jesús C.: **Ideologías políticas y filosofía en el Uruguay.** NUESTRA TIERRA Nº 9, Nuestra Tierra, Montevideo, 1969.

INSTITUTO DE ECONOMÍA: **La crisis económica.** NUESTRA TIERRA Nº 26, Nuestra Tierra, Montevideo, 1969; **El proceso económico del Uruguay.** Universidad de la República, Montevideo, 1969.

MARTÍNEZ CES, Ricardo: **El Uruguay batllista.** Banda Oriental, Montevideo, 1962.

METHOL FERRÉ, Alberto: **Uruguay como problema.** Diálogo, Montevideo, 1967.

OTERO, Mario H.: **El sistema educativo y la situación nacional.** NUESTRA TIERRA Nº 7. Nuestra Tierra, Montevideo, 1969.

PINTOS, Fco. R.: **Historia del movimiento obrero en el Uruguay.** Gaceta de Cultura, Montevideo, 1960.

RAMA, Carlos: **Obreros y anarquistas.** Enciclopedia Uruguaya Nº 32. Editores Reunidos, Montevideo, 1969.

RAMA G. W.: **El ascenso de las clases medias.** Enciclopedia Uruguaya 36, Editores Reunidos, Montevideo, 1969; **La democracia política.** Enciclopedia Uruguaya 44, Editores Reunidos, Montevideo, 1969; "Conducta de los grupos de presión", en **Uruguay: una política de desarrollo.** Facultad de Derecho y C. S., Montevideo, 1966, p. 23.

REAL DE AZÚA, Carlos: **La historia política.** Enciclopedia Uruguaya, I. Editores Reunidos, Montevideo, 1968; **Herrera: el nacionalismo agrario.** Enciclopedia Uruguaya 50. Editores Reunidos, Montevideo, 1969; **El impulso y su freno.** Banda Oriental, Montevideo, 1964; **Legitimidad, apoyo y poder político.** Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo, 1969.

RODRÍGUEZ, Héctor: **Nuestros sindicatos (1865-1965).** Ed. Uruguay, Montevideo, 1965; **El arraigo de los sindicatos.** Enciclopedia Uruguaya 51. Editores Reunidos, Montevideo, 1969.

SERÉ, Pedro: **El Uruguay en el mundo actual.** Enciclopedia Uruguaya 54. Editores Reunidos, Montevideo, 1969.

SOLARI, Aldo E.: **Estudios sobre la sociedad uruguaya.** Arca, Montevideo, 1964 (2 vols.); **El tercerismo en el Uruguay.** Alfa, Montevideo, 1965.

VANGER, Milton I.: **José Batlle y Ordóñez. El creador de su época.** Eudeba, Buenos Aires, 1968.

EL MARTES 6 DE OCTUBRE APARECE

ROCHA

COLECCION "LOS DEPARTAMENTOS"

1 SAN JOSE
Coordinador: Héctor Raúl Olazábal.

2 FLORES
Coordinadora: Ana María Fagalde.

3 RIVERA
Coordinadores: Lilión Simoes, Julio Cairello, Arturo Pereyra, Mario Tito.

4 TREINTA Y TRES
Coordinador: Florencio G. Clavijo.

5 LAVALLEJA
Coordinador: Pedro Gomila.

6 FLORIDA
Coordinador: Hugo Riva.

7 SORIANO
Coordinador: Glauco Cabrera.

8 SALTO
Coordinador: Augusto Büsch.

9 RIO NEGRO
Coordinadora: Nilda Inderkun de Crevoisier.

10 ROCHA
Coordinador: Alberto Pezzutto.

11 PAYSANDU
Coordinador: Oscar N. Vignola.

12 DURAZNO
Coordinador: Gustavo Sosa.

13 TACUAREMBO
Coordinador: Dardo Ramos.

14 COLONIA
Coordinador: Miguel Ángel Odriozola

15 MALDONADO
Coordinador: Enrique Williman.

16 ARTIGAS
Coordinador: Aníbal Alves.

17 CERRO LARGO
Coordinadores: María S. Navarrete de Lucas y Ramón Ángel Viñoles.

18 CANELONES
Coordinadora: Alba Niemann de Legnani.

RESERVE EL PROXIMO VOLUMEN DE "NUESTRA TIERRA"

LA CONSERVACION DE LA FAUNA

RAUL VAZ-FERREIRA

1. EL URUGUAY INDÍGENA
Renzo Pi Hugarte
2. EL BORDE DEL MAR
Miguel A. Klappenbach
Víctor Scarabino
3. RELIEVE Y COSTAS
Jorge Chebataroff
4. EL MOVIMIENTO SINDICAL
Germán D'Elía
5. MAMÍFEROS AUTÓCTONOS
Rodolfo V. Talice
6. IDEAS Y FORMAS EN LA ARQUITECTURA NACIONAL
Aurelio Lucchini
7. EL SISTEMA EDUCATIVO Y LA SITUACIÓN NACIONAL
Mario H. Otero
8. TIEMPO Y CLIMA
Sebastián Vieira
9. IDEOLOGÍAS POLÍTICAS Y FILOSOFÍA
Jesús C. Guiral
10. RECURSOS MINERALES DEL URUGUAY
Jorge Bossi
11. ANFIBIOS Y REPTILES
M. A. Klappenbach y
B. Orejas-Miranda
12. TIPOS HUMANOS DEL CAMPO Y LA CIUDAD
Daniel Vidart
13. AVES DEL URUGUAY
Juan P. Cuello
14. LA SOCIEDAD URBANA
Horacio Martorelli
15. INSECTOS Y ARÁCNIDOS
Carlos S. Carbonell
16. LA SOCIEDAD RURAL
Germán Wettstein - Juan Rudolf
17. EL DESARROLLO AGROPECUARIO
Antonio Pérez García
18. SUELOS DEL URUGUAY
Enrique Marchesi y Artigas Durán
19. HIERBAS DEL URUGUAY
Osvaldo del Puerto
20. COMERCIO INTERNACIONAL Y PROBLEMAS MONETARIOS
Samuel Lichtensztejn
EL TURISMO EN EL URUGUAY
Volumen extra
21. EL SECTOR INDUSTRIAL
Juan J. Anichini
22. FÚTBOL: MITO Y REALIDAD
Franklin Morales
23. PECES DEL URUGUAY
Raúl Vaz-Ferreira
24. EL LENGUAJE DE LOS URUGUAYOS
Horacio de Marsilio
25. MEDIOS MASIVOS DE COMUNICACIÓN
Roque Faraone
26. LA CRISIS ECONÓMICA
Instituto de Economía
27. ÁRBOLES Y ARBUSTOS
Atilio Lombardo
28. LA PRADERA
Esteban F. Campal
29. EL LEGADO DE LOS INMIGRANTES - I
Renzo Pi Hugarte y Daniel Vidart
30. LA PRODUCCIÓN
Pablo Fierro Vignoli
31. PLANTAS MEDICINALES
Blanca A. de Maffei
32. LA ECONOMÍA DEL URUGUAY EN EL SIGLO XIX
W. Reyes Abadie y
José C. Williman (h.)
33. HACIA UNA GEOGRAFÍA REGIONAL
Asociación de Profesores de Geografía
34. LA CLASE DIRIGENTE
Carlos Real de Azúa
35. LAS CORRIENTES RELIGIOSAS
Alberto Methol Ferré
36. RÍOS Y LAGUNAS
Raúl Praderi y Jorge Vivo
37. PLANTAS ORNAMENTALES
Eduardo Marchesi
38. LA VIVIENDA
Juan P. Terra
39. EL LEGADO DE LOS INMIGRANTES - II
Daniel Vidart y Renzo Pi Hugarte
40. GEOGRAFÍA DE LA VIDA
Rodolfo V. Talice y Jorge Chebataroff
41. LOS TRANSPORTES - I
Luis Marmouget
42. FRONTERA Y LÍMITES
Enrique Mena Segarra
43. LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA
José L. Morador
44. POLÍTICA Y SOCIEDAD
Antonio Pérez García
45. LA CONSERVACIÓN DE LA FAUNA
Raúl Vaz-Ferreira
LA CULTURA NACIONAL COMO PROBLEMA
Mario Sambarino
PERSPECTIVAS PARA UN PAÍS EN CRISIS
Luis Faroppa
LOS TRANSPORTES - II
Luis Marmouget

COMPLETE SU COLECCION

Precio de venta al público, sujeto a modificación de acuerdo con la ley Nº 13.720, del 16 de diciembre de 1968 (COPRIN); $ 160.—